

W Z
70
DE 2
P 6 b
1915

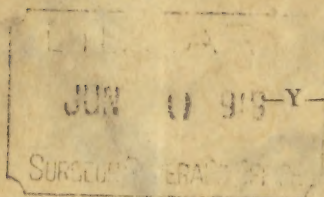
GABRIEL PINO Y ROCA.

*Surgeon General's Office
by D. C. Grogan*

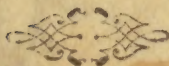
BREVES APUNTES

PARA LA

Historia de la Medicina



Sus progresos en Guayaquil



GUAYAQUIL

IMP. Y PAPELERÍA SUCRE, FRENTE AL TEATRO OLMEDO

1915.

WZ 70 DE2 P6b 1915

55020160R

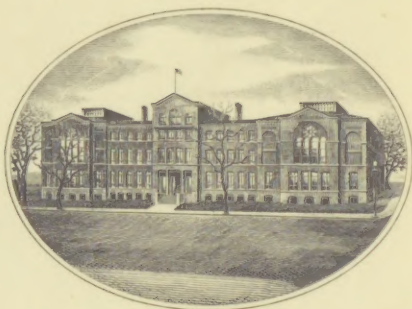


NLM 05290740 7

NATIONAL LIBRARY OF MEDICINE

ARMY MEDICAL LIBRARY

FOUNDED 1836



WASHINGTON, D.C.

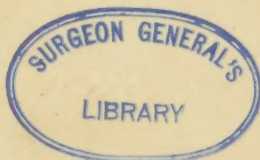
GABRIEL PINO (Y) ROCA

BREVES APUNTES

PARA LA

Historia de la Medicina

Sus progresos en Guayaquil



GUAYAQUIL

IMP. Y PAPELERÍA SUCRE, FRENTE AL TEATRO OLMEDO

1915.

Handwritten text, possibly a name or address, written diagonally across the top left.

WZ
70
DER
pg 6
1915

Handwritten text, possibly a name or address, written diagonally across the top right.

Handwritten text, possibly a name or address, written diagonally across the bottom left.





PROLOGO

Tengo que agradecer al ilustrado señor don Gabriel Pino y Roca, la dedicación de su interesante trabajo histórico sobre la Medicina en Guayaquil.

No ha podido venir con mejor oportunidad a mis manos esta recopilación de importantes datos; pues constituye un contingente precioso para la celebración del primer Congreso Médico Ecuatoriano, que va a reunirse en Guayaquil, el próximo 9 de Octubre, bajo los auspicios patrióticos del I. Ayuntamiento de la ciudad.

Se puede calcular con cuánta atención, con cuánto interés habré leído las páginas en que vemos desarrollarse progresivamente los conocimientos y prácticas de la humanitaria Ciencia, desde el uso simple, natural y primitivo de las plantas, hasta los métodos verdaderamente científicos introducidos de Europa; páginas en las que vemos desfilar desde el *curandero* indígena, hasta el proto-médico; desde el antiguo y popular *sangrador* y *componedor*, hasta el Cirujano experto y entendido.

El trabajo histórico de que se trata es, una preciosa contribución a las labores del próximo Congreso Médico; y, por lo mismo, me apresuro, a mi vez, a llevarlo a su seno, con la seguridad de que será recibido y apreciado en lo que vale.

El señor Pino y Roca llega en su estudio hasta 1822; es decir hasta los primeros

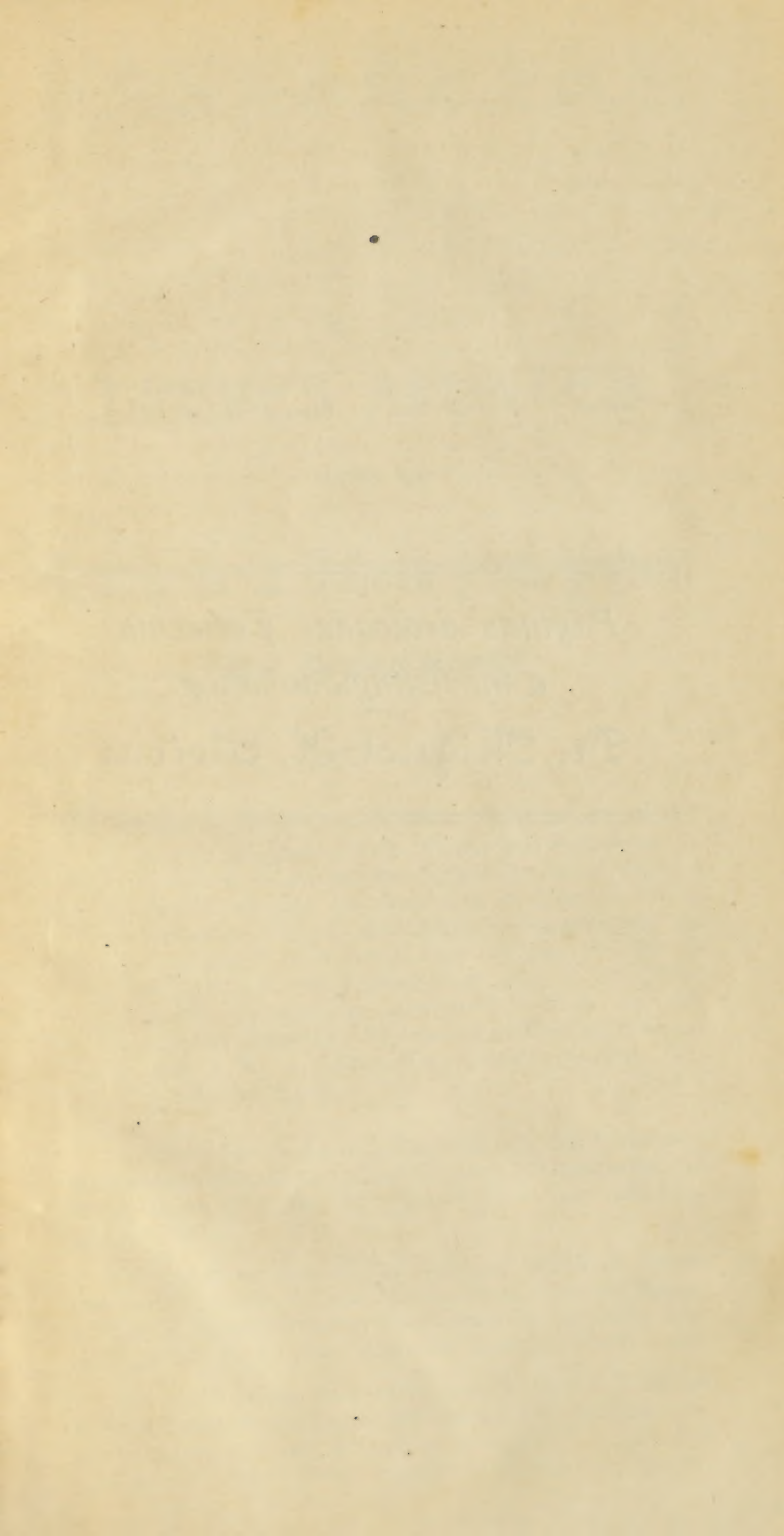
dos años de nuestra independencia; de manera que abarca toda la Época Colonial, o sea la parte más laboriosa en las investigaciones históricas para un trabajo de este género.

De esa época en adelante, tomó algún impulso la Medicina, aumentó en la ciudad el número de facultativos, hasta que, la fundación de la Sociedad Médica del Guayas en 1837 vino a prestar mayor desarrollo a la acción científica, así en la asistencia, como en lo relativo a la higiene pública y privada.

Expresados ya mis agradecimientos muy sinceros al señor Pino, por la bondadosa dedicatoria de su interesante trabajo, vayan con ellos mis más efusivas felicitaciones.

Dr. M. H. Alcívar.





*Páginas dedicadas y ofrecidas
a mi distinguido amigo*

Dr. Miguel H. Alcívar



BREVES APUNTES

PARA LA

Historia de la Medicina y sus progresos

En Guayaquil

Capítulo I

ARRIBO de Pizarro a Coaque—El mal de verrugas—La expedición de Alvarado—Paludismo y Modorra—Una purga original—Benalcázar y Puellas reaucen las provincias de Huancavilca y Caucebi—Fiebres disintéricas—Fundaciones de Guayaquil—Los herbolarios indígenas—Plantas medicinales—Enfermedades propias de la región—Modo que tenían de curarlas—Noticias que alcanzó el licenciado Villasante—El río de Guayaquil y la zarzaparrilla—Establecimiento del primer hospital.

1.530.—De regreso a Panamá con los poderes y mercedes que le diera Carlos V. para la conquista del Perú, hízose a la mar Francisco Pizarro para Diciembre de 1530.

Trece días después llegaban los audaces aventureros a la bahía de San Mateo, en la costa de Manabí, donde desembarcaron y continuaron por tierra hasta el pueblo de Coaque, cerca de la línea equinoccial.

De aquí despachó Pizarro tres navíos a Panamá y Nicaragua, llevando 20,000 pesos en artefactos de oro y plata, para adquirir otros recursos y enganchar más gente. Siete meses esperaron su regreso, duran-

te los cuales se entregaron los españoles a toda clase de exesos. Entonces asomó en los términos de Guayaquil (entiéndase que al hablar de Guayaquil, nos referimos a todo el territorio que comprendía el antiguo Corregimiento: Manabí, Guayas, Los Ríos y El Oro), la primera peste que registra la Historia. Pedro Fermín Cevallos (Resumen de la Historia del Ecuador, desde su origen hasta 1845), se inclina a creer fuese la de viruelas, desconocida hasta allí en nuestro Continente; pero no lo parece, en vista de los síntomas que la caracterizaban, y que consigna minuciosamente Herrera (Décadas de Indias) y Anello Oliva. (Historia del Perú y varones insignes en santidad de la Compañía de Jesús). Algunos amanecían muertos en la cama, otros horriblemente hinchados, o con los brazos y piernas encogidos.

Salíales en todo el cuerpo una especie de verrugas, especialmente en la cara y en la cabeza, tan duras como piedra, y del tamaño de un higo. Al reventarles causábanles crueles dolores, manando sangre en abundancia.

Quienes cometieron la imprudencia de picárceles con lanceta, se desangraron sin remedio, y los que se las cortaban las veían reproducir a poco en mayor abundancia.

Daba pena el verles con los rostros desfigurados, sirviéndose de burla los unos a los otros.

Contagiáronse pronto los indios y el mal se hizo extensivo a toda la costa del Perú. No se encontró remedio para tan asqueroso padecimiento, sucumbieron muchos, y en los que pudo la naturaleza, escaparon a costa de 20 días, de insólito padecer. Los soldados de Pizarro atribuyeron el mal a cierto pescado que les brindaron los de Coaque, suponiéndolo envenenado, aunque sin razón.

Pensaron otros que se les había dado algún tóxico en el agua de beber, o que tal estado provenía de dormir en colchones hechos de la corteza de los ceibos.

Años más tarde revela Garcilazo (Comentarios Reales), que conoció en el Cuzco cuatro hidalgos que cayeron presas de las mismas verrugas, de las que sanaron, no sabiéndose después que hubiesen reaparecido en parte alguna.

No falta quienes crean que la peste de Coaque se produjo por haber dormido los conquistadores bajo un bosque de manzanillos (*Hippomane Mancinella*) que existía en el lugar; pero se tiene por sabido que si bien

dicha euforbiácea contiene una leche venenosa, es vulgar preocupación el pretender que hasta su aliento mate.

1534—Los intrépidos acompañantes de Alvarado, en su larga y porfiada excursión a través de nuestras tupidas selvas occidentales, experimentaron los recios estragos del paludismo. Casi vencidos en su incesante empeño de hallar el camino a la codiciada Quito, enervados por el calor tropical, doblados por el peso de sus férreos vestidos, y debilitados por efecto de la escasa alimentación, empezaron a sufrir de calentura, y sobre todo de una dolencia que llamaron la Modorra.

El estado de sopor era permanente, dormíanse los hombres andando; llegaron a presentarse después casos de enagenación mental. Las fiebres y tercianas iban en aumento, la picadura del mosquito les producía fuertes irritaciones en la piel. No sabían cómo mitigar sus indecibles tormentos, sucumbían muchos y el capitán Luis de Moscoso logró preservarse de una muerte segura, merced al rasgo generoso de un compañero, el alférez Francisco Calderón, quien sacrificó una galga de gran estima que traía consigo para que el paciente se purgase con su riñón.

1525—Al tiempo de la reducción de las tribus de Huancavilca y Cancebí, emprendida por Benalcázar, Pedro de Puelles y Francisco Pacheco desde la sierra, la transición de un clima fresco y seco, a otro húmedo y ardiente, engendró en los exploradores todas clases de fiebres, especialmente palúdicas y desintéricas. Parece que la falta de cuidados y hospitales causó gran mortalidad, sobre todo en los indios de la antiplanicie.

1537—Fundada definitivamente Guayaquil por Francisco de Orellana, y establecido un trato más frecuente entre españoles y naturales, alcanzaron los primeros el conocimiento de varias plantas medicinales que usaban los segundos para sus curaciones.

Teníase a los huancavilcas por excelentes herbolarios, y así lo demuestra, entre otros, el autor anónimo, talvez de los primeros corregidores de Guayaquil, de una interesantísima monografía que corre inserta en la monumental colección de Torres de Mendoza. (Descripción de la provincia y ciudad de Guayaquil.—Tomo IX).

En ella hallamos consignado algo de lo que acerca de sus propiedades y aplicación aprendieron y experimentaron los primeros pobladores de Portoviejo y Guayaquil.

Componían los naturales sus bebedizos y ungüentos del Mechoacán, del Paico o Pazote, de las piedras dichas, Bezares, Portaempates (nombre castellano), Zarzaparrilla (*Smilax-officinalis*), del buche del lagarto, del Copey (petróleo crudo), Tabaco (*Nicotina* sp.) Matecllu, Quina-quina, Palo Santo, (una *Terebintácea*) Algarrobo, [especie de *Prosopis* y *Miniosa*], del Guaco (*Micania* Guaco) y la Ratania (*Krameria triandria*).

Los conquistadores reputaban la tierra por muy sana; las enfermedades endémicas reducíanse a “*calenturas ordinarias con frío, calenturas secas, mal de cámaras (pocas veces con sangre), paludismo, males de ojos, (flucciones y nubes) y bubas.*”

Las *calenturas ordinarias* las curaban sujetando al paciente a estricta dieta, y dándole infusiones de la yerba dicha *Paico*. Los europeos agregaban copiosas ayudas de vino y agua rosada. Si las calenturas venían acompañadas de frío intenso, prescribían fricciones de *copey*, el que aplicaban también para la cura de heridas, tanto en hombres como en animales. Para el *mal de cámaras* (*) daban las pepitas de *quina-quina*, bebidas en agua (más tarde en vino), en proporción a la fuerza que hubiere asumido. Atacaban los catarros y resfriados tomando por la nariz los polvos del *sayri*, nombre quichua del tabaco, o bebiendo el agua en que cocían el *palo santo*, cuando no, aspirando la resina del mismo árbol (sustancia cargada de trementina). En la jurisdicción de Portoviejo eran más frecuentes las fiebres altas, acompañadas de agudos dolores e hinchazones. Decíanles *bubas* (Males procedentes de infección general sifilítica), y las combatían con *zarzaparrilla* y *palo santo*. En las calenturas corrientes usaban de sangrías y purgantes: *mechoocan* o *cañafistulas*. Las raíces que bautizaron los iberos de *portaembates*, las empleaban de suelda en safaduras y quebraduras de huesos, lo mismo que para resolver los humores fríos.

Sangraban a los mordidos de víboras y les ponían emplastos de tabaco machacado, dándoles a beber el zumo de la misma planta. Se valían del *paico* para hacer expeler las lombrices, y del palo de *sasafrás* para disolver postemas o tumores interiores. El autor de la monografía de donde extractamos estos apuntes, asevera que en Guayaquil se efectuaban curaciones sorprendentes con el *sasafrás*.

Tenían muchas piedras *bezares*, extraídos del vientre de los venados que abundaban en los bosques

del litoral, que suponían de benéfica influencia en las afecciones del riñón.

En Charapotó y Picoazá vivían los curanderos de mayor fama, profundos conocedores de nuestra rica flora medicinal. Purgaban frecuentemente con agua del mar. Llamaban la reacción en los atacados de *bubas*, sometiéndoles al continuo calor de hornillos en que quemaban determinadas hojas de olor. Distinguían los venenos y contra-venenos. A los animales que comían de un pasto ponzoñoso que criaba en el distrito de San Pablo de Manta, y que los acababa por consunción, los rehacían bañándolos en el mar.

A los mordidos de culebra los inmunizaban mediante la leche y polvos de un bejuco que despertaba inmediato y abundantísimo sudor. Trataban las *cámaras de sangre* con polvos de cuerno de venado, disuelto en escasa cantidad de agua o vino hervidos.

Librábanse de los *males de ojos* (flucciones & nubes) lavándoselos con un elixir, destilado del cogollo del algarrobo tierno, o con la esencia del *matecllu*.

El inca Garcilazo [Obra citada] la describe así: "Nace en arroyos pequeños, es de un pie, y sobre cada pie tiene una hoja redonda y no más. Es como la que en España llaman *oreja de abad*, que nace de invierno en los tejados; los indios la comen cruda y es de buen gusto, la cual mascada y el zumo echado a prima noche en los ojos enfermos, y la misma yerba mascada, puesta como emplasto sobre los párpados de los ojos y encima una banda para que no se caiga la yerba, gasta en una noche cualquiera nube que los ojos tengan y mitiga cualquier dolor o accidente que sientan."

Avisa el citado historiador, que él conoció esta admirable planta por habérsela enseñado un español, quien juraba haber estado completamente ciego a causa de las nubes y que con ella le volvieron los indios la vista en dos noches. Fue tanta su gratitud, que doquiera que la veía se agachaba a besarla, no dejando pasar día que no refriese la maravilla. Agrega el Inca que él tuvo ocasión de aplicársela a un chicuelo del Cuzco, quien tenía un ojo tan inflamado como un pimiento, sin divisarse lo blanco ni lo negro, y lo tenía brotado y caído sobre el carrillo.

¡La primera noche volvió el ojo a su lugar, la segunda quedó del todo sano y bueno!

Este muchacho pasó después a España, donde aseguraba que del ojo que tuvo enfermo veía mejor que del otro.

El maíz lo reputaban de gran provecho para el *mal de riñones, de hijada, pasión de piedra, retención de urina, dolor de la vejiga y el caño.*

Creían los europeos que los naturales no padecían de estos achaques debido al uso de bebidas de estos granos (chichas).

Termina lamentando el curioso anonimista, el que se hayan perdido otros tantos géneros medicinales que conocían los indios, debido a que los conquistadores, no los apretaban tanto para que los revelasen, como para el oro."

El licenciado Salazar de Villasante, oidor de Quito, nombrado Visitador del Consejo de Indias, en su informe, (Relación general de las poblaciones españolas del Perú, hecha por el licenciado Salazar de Villasante, Relaciones geográficas de Indias.—Madrid, 1881), y en la parte relativa a Guayaquil apunta que era de uso corriente contra *la hijada*, (perturbaciones al hígado, cálculos), el tomar polvos de buche de lagarto, seco y tostado.

Según él, alcanzóse este remedio, por haber observado cazadores de este anfibio, al abrirles el buche, que de las piedrezuelas que tragaban, se hallaban algunas en estado de liquidación. Prosigue que de su antebrazo obtenían una grasa blanca semejante a la algalia más fina del mundo, y termina aseverando que todos los que en el Perú enfermaban de bubas venían a Guayaquil a gozar de las cualidades del agua del río, y de la bondad de la zarzaparrilla que brotaba a sus orillas. Los pacientes llegaban desde los términos de Charcas.

Visto por sus habitantes el gran número de extranjeros que acudían de todas partes con tal propósito, establecieron sobre las faldas del cerro un pequeño hospital, casita compuesta de dos cuartos en que cabían apenas seis camas.

Incomendóse su guarda a los religiosos de San Juan de Dios que residían en Portoviejo quienes enviaron de administrador al hermano fray Baltazar de Peralta, el que a favor de un celo ejemplar recolectaba algunas limosnas con las que, y cierta asignación que le señaló el Cabildo, venía en auxilio de los necesitados.

Capítulo II

TRIBUNAL del Protomedicato—Aparición de la Viruela—Extinción de la familia Huancavilca—La primera botica—Muerte del hermano Peralta—Reasume el Cabildo la administración del hospital—Convenio con Ruiz de Palma—Nueva entrega a los religiosos de San Juan de Dios—Empréndese en su ensanche—El fuego de "Mantelillos"—Pérdida del hospital—Representación del corregidor Malo de Molina—Solicítase aumento de entradas—Pretensión de los Jesuítas—Rechazo del Cabildo—Los Juandedianos abandonan el hospital—Nombramiento del primer mayordomo.

1570.—El tribunal del Protomedicato del Perú fue creado por orden de Felipe II, en 11 de Enero de 1570. Su jurisdicción se extendía desde Panamá y Portobelo hasta los confines meridionales del Virreynato.

Este tribunal tenía la superintendencia y vigilancia sobre todos los médicos, cirujanos, boticarios y herbolarios, así españoles como americanos que se establecieren en aquellas provincias. Era de su obligación el estudio de las semillas, yerbas y minerales medicinales que se encontrasen en el país; instruírse de sus especies, cómo y en que clima se desarrollaban, haciendo experiencia sobre su aplicación, y escribiendo lo que conviniese a su mejor conocimiento.

El Protomedicato estaba autorizado para examinar y dar licencia a todo el que llegare de afuera y pretendiera ejercer la facultad; mas no podía oponerse a que curasen los que exhibieren título de persona o jurado competente.

Posteriormente se prohibió por real orden de 12 de Febrero de 1579, dar licencia a ningún médico, cirujano, boticario, barbero o algebrista para practicar su profesión, sino previo examen y resultado satisfactorio. En cada ciudad nombraba esta superioridad un delegado, que, con el carácter de protomédico, debía hacer guardar estrictamente tales disposiciones. Entre sus atribuciones figuraban: la inspección de boticas, por cuya visita anual le satisfacían los propietarios cierta cuota, la clasificación de la lepra, y designación del lugar donde debían ser aislados los contaminados, y el examen de la calidad de los remedios que se vendían al público, velando porque sus precios no excediesen de lo justo.

1580.—El año de 1580, se señala fatalmente en la historia del Nuevo Mundo. En él hace su terrible aparición del lado del Pacífico la peste de viruelas, a la que debe atribuírse, más que a otra causa cualquiera, su rápida despoblación. Con cortos intervalos azotó despiadadamente a los pueblos desde el Istmo al Estrecho de Magallanes. Importada por un navío portugués procedente de la Guinea presentóse primeramente en el puerto de Caravalleda, y de aquí se fue regando por ambas costas. Sin remedio ni método con que combatirla cebóse en la raza indígena, eligiendo preferente asiento en la región tropical.

1589.—Recrudéce en 1589, y entonces tócale, a Guayaquil la peor parte. La ciudad, pueblos y campos circunvecinos fueron diezmados, desapareciendo bajo sus garras la interesante familia Huancavilca, pobladora de los floridos valles y selvas gigantescas del magestuoso Guayas, cuando lo descubrieron los hispanos.

Visitó también los villorios del Gobierno de Carra, [Manabí] poniendo fin a este que había sido creado en 1562. Los pocos castellanos y negros que escaparon de su furia, se refugiaron en los bosques de Esmeraldas y, mezclándose con algunas parcialidades bárbaras que los habitaban, crearon las familias de los Yungas y Mangaches, sustraídas a la civilización por el espacio de 25 años.

Hemos visto que el hermano Baltazar de Peraltó recibió la dirección de la casita hospital, que empezó a llamarse simplemente «El Hospital». Contra la que esperó el Cabildo, no acudieron otros compañeros a compartir los afanes de este, alegando, no sin fundamento, que mientras no se pensase en una instalación más seria, eran suficientes los servicios y conocimientos de fray Baltazar, el que, con actividad digna de encomio, abrió la primera botica que tuvo Guayaquil, secundado por las autoridades locales que, prohibieron el libre expendio de drogas que hacían hasta allí los pulperos. El buen religioso falleció en 1615 y el hospital quedó desamparado. Tornó el Cabildo a su custodia, poniendo de guardián a persona piadosa, aunque ajena a esta clase de servicio. Comprendiendo la necesidad de sujeto que supiera interesar la caridad pública en pró del fomento de obra tan laudable, volvieron varias personas de distinción a encarecer a los hospitalarios de Portoviejo, mandasen quien continuase la tarea que habían aceptado. No faltaron las excusas, por lo que, convencido el Cabildo de que no podía asistirlo como era debido, convino con Juan Ruiz de Palma solicitase a toda costa, religiosos de

otros puntos, a quienes entregar su manejo, con todas las rentas que al presente tenía y en adelante tuviese.

1618.—Palma pasó a Piura y volvió acompañado de un afiliado a la misma orden, fray Gaspar Montero, con el que se celebró un convenio, elevado a escritura pública en 14 de Marzo de 1618.

Una de sus cláusulas rezaba: «y porque siempre ha sido el intento principal de su Señoría, el dicho Cabildo, Justicia y Regimiento, de esta ciudad, el nombrar administrador y mayordomo en el dicho hospital, y para que desde hoy día de la fecha de esta carta, en adelante, ellos y quien su causa hubiese, reciban y cobren las tales rentas y las medias soldadas y partes de ellas, que los maestros, pilotos, marineros y grumetes, y otras personas de cualesquier navíos y fragatas, y otros bajeles, han, y deben de pagar, y dar cartas de pago, lasto y finquito y despacho a los dichos navíos, por lo que toca al dicho hospital, como si el diputado mayordomo nombrado para ello por este Cabildo y mareantes lo dieran, y como negocio propio del dicho hermano mayor, de dicho hospital».

Fray Gaspar Montero tomó posesión del edificio con todas las solemnidades de la época. La entrega la hizo a nombre de la ciudad, el corregidor, capitán Andrés Morán Butrón, quien, tomando al religioso de la mano, lo introdujo a él, diciendo en alta voz por tres veces: «A nombre de esta noble y leal ciudad de Santiago de Guayaquil, os doy la posesión actual y corporal de este hospital»; a lo que respondió Montero, repitiendo: «Recíbolo para mi sagrada religión de San Juan». Esta sesión la aprobaron el Presidente, y el Obispo de Quito en 13 de Enero de 1618. (Exposición de fray Carlos Azaloequi, prior del Hospital de San Juan de Dios, dirigida al Secretario de la Junta de Gobierno en 31 de Octubre de 1821). Dotado Montero de una bien entendida caridad cristiana supo interesar a los vecinos en favor del naciente hospital. Hiciéronse en su tiempo algunas limosnas y donaciones con las que se dió principio a su ensanche y pudo dotársele de los indispensables medios para la mejor asistencia de los enfermos.

1635.—La piadosa fundación entraba en una verdadera era de progreso. Había aumentado sus rentas con el producto de dos o tres casitas de alquiler, que adquirió por legados testamentarios.

El botiquín que organizó su antecesor, conseguía mayor incremento, y en las camas y ropas imperaba *laseo* y la holgura. Montero se sentía satisfecho

de su labor, con todo, no pudo obtener, apesar de repetidos ruegos, que otros compañeros vinieran a compartir sus afanes. ¡Se negaban, pretextando la insuficiencia, y la «perversidad del clima»!

1636—Los desvelos de este buen religioso debían tener una cruel recompensa. No bien repuesto Guayaquil del fatal incendio del año 1632, que redujo a cenizas en pocas horas el rico barrio del Puerto de la Marina, cuando el elemento devastador vuelve a sorprenderla, en la media noche del 7 de Diciembre del año 36. Pocos, entre el sinnúmero de nuestros incendios, han ofrecido un espectáculo más aterrador. Sorprendidos en sus lechos por sus lenguas de fuego que sigilosamente los envolvieran, vuelan a la calle despavoridos, hombres y mujeres; las madres olvidan a sus pequeñuelos, y quien no alcanza a salir pronto halla trágica muerte. El fuego se inició en las cercanías del hospital; alcánzale presto las llamas, y al rayar el alba es solo escombros y ceniza la floreciente Casa de Desherados, con todas sus dependencias. ¡No hubo tiempo para salvar una sola cama, un solo medicamento! (Representación del Procurador Juan de Robles, de Marzo 18 de 1756.)

El atribulado hospitalario dá cuenta al Cabildo de tan irreparable pérdida en una conmovedora exposición. El corregidor Baltazar Malo de Molina se dirige al Virey para dar cuenta de tamaña desgracia, suplicando rendidamente a nombre de la ciudad, que para remediarla en parte, se sirviese decretar de que en adelante «los maestros pilotos, escribanos, marineros y grumetes, pagasen enteramente, o por lo menos la mitad de lo que se paga a la ciudad de los Reyes por ser poco lo que se pagaba a la dicha ciudad de Guayaquil; y esto por el tiempo de 10 años, o por lo que fuere servido durante la reedificación».

Parece que días antes de este luctuoso suceso llegó a Guayaquil fray Juan Jurado, quien debía reemplazar a Montero en su cargo de administrador del hospital, según cartas que traía del comisario general de esta religión, Pedro de Corps. Hízose cargo de su cometido días después del incendio, en que el atribulado Montero abandonó la ciudad lleno de desaliento. Jurado trató de allegar fondos para la inmediata reconstrucción de la Casa-Hospital, pero la situación de ruina en que quedaron sumidos los guayaquileños dejó defraudadas sus esperanzas.

Por aquel tiempo llegaron procedente de Quito, el padre provincial, Francisco de Fuentes y el rector del colegio de «San Ignacio» de dicha ciudad, Barto-

Tomé Vásquez, a fin de acordar con el Cabildo, los medios de establecer aquí un convento de la Compañía. Conformes en cuanto a los valiosos donativos que señalaron los vecinos a la futura fundación, no lo estuvieron respecto del solar que se les ofreció para iglesia y convento; enamorados del sitio en que se levantaba el destruido hospital, solicitaron su adjudicación, mas el Gobierno denegó tal pretensión, declarando que aquello «sería en manifiesto daño de los pobres, por cuya asistencia estaba obligado a velar». En tanto la reconstrucción del hospital se dificultaba más y más. La estrechez de los vecinos por una parte, a consecuencia del reciente incendio; por otra, la indiferencia con que se miró en Lima la solicitud encaminada a crear algún recurso con que afrontar la obra, dieron fin con la paciencia de Jurado quien, a nombre del comisario de su orden, hizo ante el Cabildo formal dejación de su regencia de esta humanitaria institución. Fuéronse los juandedianos, y la ciudad reasumió el patronato sobre «el Hospital». El corregidor Malo de Molina empeñó a los cabildantes a adoptar una resolución que engendrara esperanzas de un pronto resurgimiento. Los representantes de la ciudad correspondieron a este llamamiento, decretando que, «por convenir a la buena administración del Hospital; sus rentas, servicio y curación de sus enfermos pobres, el nombrar mayordomo y diputado», designaban para estos cargos al almirante Fermín de Asiayn y al notario Lorenzo de León, muniéndolos de poderes plenos para nombrar «personas que sirviesen la dicha casa, contratar médico, cirujano y boticario, comprar las medicinas necesarias, fabricar en la forma que les pareciera, arrendar las rentas del dicho Hospital, vender y enajenar lo que vieren ser necesario, y pedir limosnas públicamente, los días sábados». [Acta del Cabildo de Enero 11 de 1637.]

Capítulo III

LA Alfombrilla y el Garrotillo—Despéjase el cercano manglar—Invasión pirática de D'Hout, Picara y Grognet—Epidemia del mismo año—Fundación de la Ciudad Nueva—Traslado del Hospital—Ordena su fábrica el corregidor Ponce de León—El Dr. Gallinazo—Descripción de Guayaquil—Higiene pública y privada—Alimentación—El agua—Las estaciones y sus enfermedades propias—Un fenómeno digno de estudio—Los que ejercían la Medicina.

1645—Cruces acompañantes del terremoto de Riobamba, se presentaron en la Presidencia, la Alfombrilla y el Garrotillo, haciendo innumerables víctimas,

principalmente entre la gente del pueblo, desaseada e indolente. Parecieron fijar en Guayaquil residencia favorita: recrudecían durante los inviernos, y es notorio que no hubo casa en que no hiriera mortalmente a alguno de sus moradores. Propúsose el Cabildo combatir el mal formalmente.

Entre las varias medidas puestas en práctica, merece ser citado el acuerdo (Marzo 10 de 1650) de derribar parte del manglar cercano a la naciente población.

Descuajáronse en efecto algunas cuadras, del Estero de Villamar, hacia el Sur, operación que tomaron a cargo con patriótico desinterés el sargento mayor Lorenzo de Vances León, y los capitanes Antonio Calderón y Antonio de Castro.

1687—Cedicia de piratas y corsarios, asaltada por estos con frecuencia, nunca sufrió mayor estrago Guayaquil, que el año de 1687. La negligencia de su corregidor; la apatía con que mirase siempre a su defensa la Metrópoli, y la traición de tres almas ruines, la entregaron, apesar de la heroica resistencia de sus buenos hijos, a los capitanes D'Hout, Picard y Grognet, en la mañana del 21 de Abril. No son para decirse las pérdidas y penalidades que experimentaron nuestros mayores. Da horror el repasar crónicas y documentos de la época.—La mayor parte de los edificios saqueados y reducidos a escombros; distinguidos sujetos muertos, o asesinados, los más llevados prisioneros con sus familias a la Puná, mientras se reunía el rescate pactado, obligados a jugarse la vida a la suerte, cuando no se recibía el tributo diario de la ciudad, expuestos a mil afrentas y padecimientos, y por último arrojados a la playa en diferentes sitios de la costa!

¿Y Guayaquil? Otra vez en cenizas ofreciendo un cuadro aterrador. Los cadáveres de sus intrépidos defensores yacían insepultos en calles y plazas, presas indisputables de las aves de rapiña. Flotaban otros en la ría, juguetes del flujo y reflujo.—Pronto inficionose la atmósfera, y volvió la peste a sentar reales en nuestra orilla. La situación del vecindario era desesperante: las fiebres continuaron la obra de destrucción iniciada por los piratas.

Entonces fue cuando se discurrió trasladar la ciudad a otro sitio, lo que dió lugar a muchos proyectos y pareceres, y a no menos discordias intestinas, que duraron hasta 1693, en que se ordenó la fundación de la Ciudad Nueva, y despoblación de la antigua; si bien no pudo conseguirse lo último por la resistencia que ofrecieron algunos vecinos de distinción.

De este modo quedó Guayaquil dividida en dos secciones: la vieja y la nueva ciudad, unidas más tarde [1710] por el famoso puente, cuyas bases descansan bajo el pavimento de nuestra actual calle de Rocafuerte.

Dentro de las 34 manzanas delineadas por el ingeniero, oidor, Cristóbal de Ceballos Morales y Borja, se señaló sitio especial para la construcción del indispensable hospital. Fuélo este, parte de la cuadra comprendida entre las calles de hoy: Chanduy, Morro, Clemente Ballén y Municipalidad. Ponce de León, por cuya ineuria se perdió la ciudad en 1687, pero a quien puede considerársele bajo otro aspecto, entusiasta gobernante, tomó su resurgimiento en especial empeño. Recolectó algunas limosnas entre los vecinos, puso una contribución en piezas de madera a los que se dedicaban a este comercio, y con las pequeñas entradas de la casa antigua, dió principio a la obra. Gestionó especial permiso del Virey, conde de la Monclova para tomar de la *Caja de Propios* el dinero suficiente a este fin, y nombró por último personas que se encargasen de su supervigilancia.

El proyectado hospital comprendía varias salas, destinadas al servicio de ambos sexos. Cubriósele de teja que se tomó a doña Clementa de Avila, de varias casas que había desbaratado en la ciudad vieja. Las paredes eran cubiertas de caña y el piso de buena tabla del país; en la parte baja se formaron tiendas de arriendo, cuyo producto debía incrementar las rentas del establecimiento. [Acta de 12 de Setiembre de 1693.]

Debemos ahora mencionar, como correspondiente a esta época, la existencia de un hombre de origen modesto, que, ávido de saber, dedicó su tiempo y facultades en beneficio de la sociedad en que viviere, pretendiendo legar a las venideras generaciones, obra de verdadera utilidad, que, si perdida por el momento, debe llegar día en que la curiosidad científica de nuestra Facultad Médica, procure rescatarla para la Ciencia, del olvidado archivo donde repose.—Nos referimos al minucioso trabajo de Pedro Guerrero, a quien sus contemporáneos llamaron simplemente el doctor Gallinazo.

Oriundo de Quito, denotó desde sus primeros años afición al estudio de la Naturaleza.

Se consagró al conocimiento de la Botánica. Venciendo grandes dificultades, se procuró algunos libros de la materia, y, asiduo observador, recorrió el territorio de la Presidencia, recolectando plantas, cuyas

virtudes o propiedades fueron su incesante atención. Vivió algunos años en Guayaquil, donde formó una valiosa colección sobre la que redactó un admirable tratado intitulado.

Observaciones de los simples que «se hallan en territorio de Guayaquil».

Fórmalo un análisis minucioso de más de cuatro mil simples, o yerbas de gran utilidad científica.

Enviado a España el manuscrito para su licencia y aprobación, durmió el sueño del olvido en alguna secretaría. ¿No valdría la pena afanarse en su busca, cual han hecho otros estados americanos con obras de menor valer, que brotaron de la pluma de sus hijos?

Tratemos ahora de hacer un ligero estudio de la ciudad de entonces. Guayaquil, como hemos dicho, llegó a dividirse en dos secciones: la ciudad vieja y la nueva. El terreno sobre el que descansa la antigua planta, se compone de cascajo, de suerte que aunque las aguas del invierno formasen algunos lodos, no permitían el nacimiento de pantanos, y era fácil el tráfico sobre ella en todo tiempo. No así aquel sobre que se fundó la ciudad nueva; recién arrebatado al manglar y a las sabanas, se hacía imposible durante la estación de invierno: llano, de una greda esponjosa, sin pendientes que facilitasen el rápido desagüe, convertíase con las primeras lluvias en una sola ciénega. Presentóse este grave inconveniente desde el mismo año que el vecindario se trasladó a este sitio y sábase que durante él, no pudieron los habitantes bajar de sus casas. Esto obligó en el subsiguiente a adoptar cierto sistema que permitiese moverse en la ciudad durante el período de lluvias. Consistía en la colocación de palos gruesos y anchos en el trayecto de las boca-calles, plazas y parajes donde no había portales.

Con los primeros soles de verano desaparecía el aspecto acuático de la villa, al que contribuía el periódico desbordamiento de la ría, cuya orilla aún no se pensaba en amurallar, de suerte que era caso frecuente el ver amarrar las canoas en los edificios que constituían la primera calle. Y se acentuaba el verano, y lo que fué laguna por espacio de tanto tiempo, se tornaba rápidamente en espeso matorral.

Las llamadas calles se transformaban en verdaderas selvas, dándose el caso de que, sin fondos suficientes el Cabildo para emprender en la raza general de la ciudad, decretase que por cuenta de los vecindarios en cada calle, se hiciese en su centro una trocha que facilitase en algo el paso por ella. Los amplios pa-

tios de las casas y sus traspacios eran otros tantos bosques, moradas de zapos, culebras y demás sabandijas y depósitos, los últimos, de residuos alimenticios y trastos que se daban al abandono. En todos ellos exhalaba sus mortíferas emanaciones el característico *pozo negro*.

Al pernicioso influjo que ejercía sobre este estado el clima tropical, añadíase la inadecuada y mala alimentación de que usaban sus moradores. En Guayaquil no se servían de la manteca de puerco. Los guisados se aderezaban con la grasa interior de las reses vacunas, de la que, dice un viajero (Jorge Juan—Viaje a la América Meridional) «sea porque en las vacas que crían en aquel temperamento, donde el clima no las deja engordar mucho no sea buena, o porque al sacarla no la separan bien del cebo, todo su gusto y olor es a este y de aquí proviene que las comidas sean tan extrañas para los forasteros».

Hacíase abuso del ají, y en lugar de vino preferíanse los punches, o el aguardiente de uvas, llamado de Castilla. Servíanse sin reparo en cualquier época, del agua del río, y si en verano se tomaba de las pozas de Ciudad Vieja, o se la traía de 4 o 5 leguas río arriba, en invierno se la sacaba directamente frente a la ciudad, o se aprovechaba del agua de lluvia que se recojía en determinadas lagunas.

¿Cómo se presentaban las estaciones? ¿Cuáles eran sus enfermedades propias?

Permítasenos copiar a este respecto lo que observan Jorge Juan Ulloa en su obra citada.

«Empieza el Invierno en Guayaquil por el mes de Diciembre; unas veces a principio, otras a mediados; y algunas retardándose hasta fines de este mes, y dura hasta el mes de Abril o Mayo.»

«En esta sazón parece, que todos los elementos, Sabandijas e Insectos acuden conformes a molestar la Humana Naturaleza; el calor es con extremo, pues, según puede colegirse de las experiencias del Termómetro, en el día 3 de Abril, cuando su rigor había ya pasado, y empezaba a mitigarse, a las 6 de la Mañana, marcaba 1022; a las 12 del Día 1025; y a las 3 de la Tarde 1027; con que se viene a inferir, que en lo fuerte del Invierno es más cálido aquel Temple, que el de Cartajena. A proporción de esto las Aguas son continuas de noche y Día, las Tormentas de Truenos,

y Rayos frecuentes, y furiosas, y todo se conjura de modo que el calor molesta por sí; las Aguas hinchan-do aquel Río, y los demás, que le entran, anegan todo el Territorio, y lo dejan impracticable; la continua calma hace deseoso el Ambiente, y la innumerable cantidad de Sabandijas e Insectos, infestando el Agua, y la Tierra, viene a ser insoportable».

«Las Culebras y Vívoras venenosas, Alacranes y Cientopiés se vuelven familiares en las casas en esta Estación a costa del peligro de la vida de sus Moradores, si por desgracia llegan a picar: y aunque en todo el resto del año no faltan, en este tiempo son con mayor abundancia, y más pronta agilidad; y así es preciso tener la precaución de reconocer las camas cuidadosamente; porque alguna vez ha sucedido hallarse en ellas uno, u otro de estos Animales: y tanto por librarse de semejante peligro, cuanto por evadirse de la molestia que causan los Mosquitos, y demás Insectos no hay persona que deje de tener un toldo para dormir, hasta los Negros Esclavos e Indios».

«Aunque en todos aquellos Países cálidos, y húmedos es grande la abundancia; y variedad de insectos volátiles, en ninguno es tanta como en Guayaquil; pues en la Sazón del Inbierno no se puede mantener una Luz encendida fuera del Farol el tiempo de tres o cuatro minutos, sin que la apague la muchedumbre de los que, girando al rededor de ella, se sacrifican en su llama; el que por presición tiene que estar cercano a la Luz, en breve rato lo hacen apartar de ella los que se le introducen por los sentidos.»

«Ni es menos molesta la pensión y Plaga de Ratras (que allí llaman Pericotes) cuya abundancia es tanta en todas las casas de la ciudad, que saliendo de sus nidos desde el instante, que anochece, se pasean por las Salas y Piezas con toda familiaridad, y embarazan el sueño a las personas que no están acostumbrados a su frecuencia y ruido con el subir y bajar por el Toldo de su cama, y por los Estantes, o Arma-zón interior de las casas.»

«Están ya tan habituadas con la Gente, que delante de ella se abanzan a la vela, que está alumbrando; la arrebatan, y van a comer a otra parte, cuando falta la precaución de tenerla dentro de Farol: y siendo tanto el peligro que de esto redundaría en aquellas casas, procuran no exponerse a experimentarlo; bien que no lo pueden del todo excusar al más leve descuido.»

«Todas estas pensiones, que al que no está connaturalizado con ellas, le parecen insoportables, y que

por sí solas serían suficientes, para hacer inhabitable aquel país; no son de entidad para sus Naturales que las sufren por costumbre: y en su consideración todas juntas no llegan a ser tan molestas, como la más mínima del Temperamento frío de las poblaciones de la Sierra, no obstante que esté seco para los Europeos sumamente moderado.»

«El Verano es allí el Temple menos fastidioso; pues con él se aminoran las Plagas de aquellos Avechuchos (y aunque algunos Autores han dado a entender, ser en esta Sazón en la que abundan, han padecido equivocación, en ello.)»

«El calor se mitiga porque vientan los Aires del Sudoeste, y Oes-Sudoeste, que allí llaman Chandui, nombre que les han dado por venir de un cerro, de quien lo es propio. Estas empiezan diariamente al Medio día, y duran hasta las 5 o 6 de la Mañana del siguiente: con ellos se refresca la Tierra, y se goza de apacibilidad: el Cielo muestra una continua serenidad; las Aguas son tan raras, que es casualidad particular el caer algún aguacero; los mantenimientos están más abundantes, y los propios del País con mejor sazón, porque se cogen frescos; las Frutas más comunes, en particular los Melones, y Sandías; los cuales en Balsas muy grandes bajan a la ciudad donde no se pueden consumir las muchas que produce el País; y sobre todo es entonces muy sano aquel Temple.»

«En el Imbierno es muy grande la propensión allí a Fiebres intermitentes, o Tercianas, que incomodan mucho a la Naturaleza, y más en otros parajes; porque hay omisión en curarlas, y repugnancia en usar el Específico de la Cascarilla o Quina, con la preocupación de que siendo cálida, no puede causar efectos favorables en aquel clima; y ciegos en este error sin el recurso de Médicos, que los desimpresionen, se dejan aniquilar del mal hasta que muchas veces les pone término a la vida. Los Naturales de la Sierra conaturalizados con los Temples fríos, extrañan el de Guayaquil con extremo: en él se debilitan, y desfallecen; entréganse indiscretamente al engaño de las Frutas, que les lisonjean el paladar; y a poco tiempo se hallan con la indisposición de las Fiebres tan comunes para ellos en una Sazón como en otra.»

«Son muy sujetos aquellos Naturales a padecer Cataratas, y otras enfermedades de los Ojos, que suelen llegar a dejarlos ciegos totalmente: no es esto general, pero sí más común, que en otras partes; y su causa, según yo me persuado, procede de los continuos vapores, que se engendran con la permanente

inundación de aquel País todo el Inbierno, los cuales por la calidad del Terreno gredoso son viscosos en su-
mo grado, y llegando a penetrar las exteriores tunicas,
no solo encrazan el Cristalino, pero aun empuñan la
Pupila, de donde se engendran las Nubes, Cataratas
y otras semejantes.»

«Aunque no es el Temperamento de aquel País
menos cálido, que el de Panamá, o Cartajena, se par-
ticulariza su clima en la Procreación de las Criaturas
Racionales: y si algún Autor escribiendo de él, le ha
llamado Paise; Bajos Ecuinocciales por la semejanza,
que goza su Terreno con los Países Bajos de Europa,
no menos puede con toda propiedad dársele el mismo
nombre por la distinguida particularidad, de que en
él (fuera de aquellos, que tienen mezcla de sangre)
son todos sus Hijos, rubios, y de tan perfecta forma-
ción, que logran la prerrogativa de la hermosura, no
sólo en aquella Provincia de Quito; pero aún en las
demás del Perú. Dos cosas se harán reparables en
este asunto, por ser contrarios a la común opinión: la
una, que siendo aquel país tan cálido no sean sus Na-
turales Trigueños; y la otra, que no teniendo los Es-
pañoles por Naturaleza el cutis tan blanco, como las
Naciones del Norte, sus Hijos allí sean rubios (esto
es, los habidos en Mujer Española).»

«No se halla razón, que pueda resolver del todo
la dificultad: porque aunque se quiera atribuir al efec-
to de algunos efluvios del Río por la inmediación,
que tiene a élla la ciudad, no juzgo, que esto sea de bas-
tante fuerza, cuando otras muchas ciudades gozan el
mismo privilegio de la situación, sin obtener el de la
blancura. Esta es allí en tal grado, que hay muchos
Albinos, y todos los Pequeños tienen el Pelo y Cejas
rubias, acompañadas de hermosura en sus Facciones.»

Intencionalmente hemos querido trasladar a esta
época informes posteriores (1748), de Jorge Juan y
Ulloa; ellos son fiel trasunto de las condiciones de
Guayaquil; un siglo antes casi nada conocíase de
higiene en la Colonia; poco, muy poco tenía que
aprender a la Madre Patria.

Por lo que hace a los conocimientos de la inci-
piente Medicina eran estos muy escasos y solo privi-
legios de los hospitalarios, de uno que otro curioso
observador, y de pulperos y curanderos indígenas,
quienes mezclaban lastimosamente los alcances de la
época, las tradiciones de sus mayores, y las mil su-
perticiones del Algebra y la Astronomía, ciencias que
se consideraban muy intimamente ligadas a la Me-
dicina.

Capítulo IV

FRANCO Dávila y el Padre Aguirre—*Situación lamentable del Hospital—Se piensa en los Belemitas—El primer Cirujano y Médico—El nombre de Santa Catalina—La peste de 1708. Wodes Rogers—El mal de Siàm—Los colmillos de lagarto—Comprueba su propiedad fray José Casaus—Vicisitudes porque atraviesa el Hospital.*

1700—Sobresalen en esta centuria dos hombres notables, de quienes pueden legítimamente enorgullecerse Guayaquil, contándolos entre sus hijos mejores: don Pedro Franco Dávila y el jesuíta Juan Bautista Aguirre.

Franco Dávila, nació a las orillas del Guayas en los primeros años del siglo. Desde edad temprana reveló una inteligencia feliz y una asidua afición al estudio de la Botánica y de la Historia Natural. Venciendo las grandes dificultades que se ofrecían en aquel tiempo para la adquisición de libros de aprendizaje, llegó a formar una regular biblioteca de esta clase de autores. Profundo observador, tuvo vasto teatro en la Naturaleza tropical para nuevos descubrimientos, con los que enriqueció las ciencias, en las que llegó a figurar ventajosamente entre los hombres descollantes en su tiempo.

Viajó por Europa y se radicó en Madrid, donde se estableció un gabinete de Historia Natural, mereciendo la honra de ser nombrado director. Fue tan rica la colección que llegó a reunir, que en 1767 ofreció al mundo científico un precioso catálogo, que hizo editar en París.

Más luego, compuso otra obra (Instrucción para recoger las producciones raras de la tierra) que se publicó en Madrid para 1768. Nuestro erudito com-provinciano falleció en la capital de España, y su muerte fue muy sentida de sus contemporáneos.

Daule, es la cuna del ilustrado padre Aguirre. Pocos americanos fueron dotados de la clara inteligencia de nuestro conterráneo. Fue una verdadera enciclopedia: profundo teólogo, severo moralista, grave filósofo, galano poeta y médico sobresaliente.

Cuando los jesuitas salieron expulsados de los dominios españoles, fijó su residencia en Italia; sus indiscutibles méritos lo elevaron muy pronto a los puestos más elevados de la Compañía, llegando a confiársele el rectorado del célebre colegio de Ferrara, uno de los más importantes planteles de educación en Europa, el que desempeñó hasta poco antes de su muerte, que acaeció en Tivoli, el 15 de Junio de 1786, a una edad bastante avanzada.

Dicen sus biógrafos que, ávido de saber, estudió Medicina, casi por diversión; pero es constante que no hubo planta de nuestra variada flora, cuyas virtudes y efectos no le fueran conocidas, ejecutando en Guayaquil curas asombrosas.

Como en la hoja de aptitudes que acerca da cae uno de sus miembros, forma la escrupulosa Compañía, se hiciesen resaltar los aciertos médicos del padre guayaquileño, quiso el achacoso Clemenie XIII conocer de cerca al distinguido americano. Llamado a Roma, logró muy pronto reparar la quebrantada salud del Pontífice, cuyo médico admiró la versación y competencia del jesuita, viniendo a cobrarle tanto respeto y admiración, que en más de una ocasión llegó a expresar en público «¿cuál habría sido la suerte de los mortales, si cada médico hubiese sido pródigo de la ciencia medicinal como el padre Aguirre?»

• Volvamos al hospital, restablecido con tanto afán por el corregidor Ponce de León, recordemos que el Cabildo ejercía sobre éste el derecho de patronato y que, a falta de religiosos que lo administrasen, atendía a sus necesidades y cuidado de los enfermos, un mayordomo, nombrado anualmente. Muchos vecinos habían desempeñado esta encomienda, pero hay que confesar que lograron hacer muy poco el pró de quienes se veían obligados a buscar en él, alivio a sus males.

No siempre hacía el mayordomo la visita diaria a que estaba obligado y aún así, muy poco aprovechaba esta a los enfermos, quienes estaban sujetos al capricho, supersticiones, y escasos recursos de la persona que en calidad de científico asesoraba al señor mayordomo: por lo regular algún barbero o herbolario.

Condolido de tan triste situación, y convencido de la urgencia de poner el hospital en manos de religiosos hospitalarios, quienes reunían en sí el doble

carácter de expertos en medicina y de enfermeros, resolvió el procurador general Vasco Campuzano y Herrera, pedir a estos aceptasen el manejo de la Casa de Salud.

En los juandedianos no había que pensar; repetidas veces se había negado a volver al puesto abandonado.

Pero existían los Betlemistas (Orden fundada en Guatemala en el Siglo XVII por Pedro de Bethencourt, célebre misionero canario, que nació en Tenerife en 1619, y murió en Guatemala, 1667) de quienes era fama que habían puesto en estado floreciente los hospitales del Virreynato de México y de la Capitanía General de Guatemala, y no pocos de la Nueva Granada y el Perú.

1703—El Cabildo aceptó la idea de Vasco Campuzano, comisionándole para entenderse a este efecto con el vice-prefecto general de la orden, que residía en Lima por aquel entonces. (Acta de 30 de Enero). El procurador escribió inmediatamente a fray Bartolomé de los Reyes, exponiéndole la situación del establecimiento, sus rentas, el derecho de patrono que ejercía el Cabildo, y el bien que recibían los enfermos, poniéndose bajo su protección. El 18 de Julio de 1703 se recibió contestación de este religioso, la que no debió satisfacer al Cabildo, ya que por un acuerdo posterior confió de nuevo el Hospital al mayordomo Juan Antonio de Vargas (Acta de 19 de Enero).

1706—En 10 de Setiembre de 1706 fue nombrado don Juan del Castillo, cirujano y médico del hospital, sujeto que había venido con intenciones de radicarse en esta ciudad, y a quien se entregó su manejo discrecional y el de sus rentas; con derecho a nombrar sustituto competente durante cualquier ausencia. Desde esta época empezó a llamarse al hospital de «Santa Catalina», en lugar de «Hospital», ú «Hospital Real» que se le decía anteriormente. Ignórase el motivo, mas es constante que el doctor Castillo, dejó muy pronto la ciudad, y en consecuencia en nuevo desamparo a esta Institución, y como al partir no se hubiese preocupado de designar sucesor, volvió esta a manos del Procurador General y la atención de sus recursos a las del acostumbrado mayordomo (Sesión del Cabildo de 9 de Mayo de 1707).

1708—En los primeros días de este año, se ofrecieron algunos casos de viruela, los que asumieron violentamente el carácter de peste en proporciones hasta allí desconocidas. Hubo día en que murieron hasta doce personas, y como el fanático celo religioso hacía de los templos lugar de depósito de los cadáveres, cundió el contagio, haciendo de la ciudad un solo foco.

La mayor parte de las familias emigraron a los campos.

Se asegura que el número de víctimas, pasó de 6000 (Manual de Efemérides de Manuel de Gallegos Naranjo).

Sólo con el verano, que vino a secar las calles y a permitir se tomasen algunas medidas de higiene, volvió la vida y animación a nuestro puerto.

1709—La apatía criminal del corregidor de Boa y Solis hizo dueños de esta plaza, el 3 de Mayo, a los aventureros que capitaneaba el temino filibustero Woodes Rogers; quienes, no satisfechos del pillaje que hicieron en la ciudad, y del rescate que la impusieron, ansiosos de hallar mayores tesoros empezaron a abrir los sepulcros de las Iglesias para sorprender supuestas joyas ocultas en ellos anticipadamente.

Las cenizas y cadáveres profanados, quedaron insepultos por los suelos.

La Naturaleza vengó este ultraje inaudito. Los corsarios al retirarse llevaban en sus cuerpos el germen de la peste. Pareció un gran número de ellos antes de perder de vista nuestras costas, empero, en la saqueada ciudad hizo también sus víctimas.

Hay autores que suponen que esta peste no fue la de viruelas sino la primera visita de una nueva huésped, que debía darse a conocer más tarde, y tomar carta de naturalización en nuestra zona del litoral, de donde aún no podemos extirparla: la *fiebre amarilla*. Repítase que hubo en Guayaquil quien denunciara este nuevo flagelo, dándole el nombre de *Mal de Siam*. No hizo grandes estragos, cesando al parecer súbitamente.

El año de 1721 se comunicó de Panamá al corregidor de Guayaquil que en el Istmo se había logrado comprobar por varios experimentos, que los colmillos

de los lagartos, pendientes del cuello, inmunizaban a quien los trajere, contra todo veneno por activo que fuese.

En la comunicación se hacía resaltar, que se obtuvo una prueba concluyente, con un perro, que provisto del amuleto comió, como si tal, solimán, rejalgar y otros tósigos, mezclados en las presas que se le arrojaron. Avisados de este portentoso, tenientes y doctrineros de partidos, asegura un historiador, (Dionisio de Alcedo y Herrera—Compendio Histórico de la Provincia, Partidos, Ciudades, Ástilleros, Ríos y Puerto de Guayaquil. En las Costas Del Mar Del Sur—Madrid 1741), que en 1735 confirmó esta maravilla, el dominico fray José Casaus con un indio del pueblo de Chongón, a quien a pocos pasos de su choza, «picó una vívora en la sangradera del tobil o derecho, con tan venenosa malicia, que al instante cayó sin sentido, herido con mortales temblores y tarrojan do copiosos flujos de sangre por ojos, oídos, narices y boca».

El doctrinero le aplicó prontamente a la herida un colmillo de lagarto y «luego, al punto cesaron los temblores, se estancó la sangre, se suspendieron los dolores, y volvió en su acuerdo el doliente, dando treguas a la curación, con el mismo remedio y sin auxilio de otro específico».

Existe en Quito el curioso expediente de este suceso, seguido en 1736.

Desde entonces se introdujo en Guayaquil y otras ciudades, el uso de los colmillos de lagarto, trabajados como cruces, pendientes, collares, etc., teniéndoles sus poseedores en gran estima.

Es de creer que la obra del hospital iniciada en 1693 por el corregidor Ponce de León, en la planta de Ciudad Nueva pereció en alguno de los grandes incendios que periódicamente devastaban la ciudad (probablemente en el de 1707). Por lo menos tal parece desprenderse de una reunión del Cabildo, celebrada en 7 de Febrero de 1738, en cuyo acto, un procurador general (don Antonio Casaus) representa que «*la nueva obra del hospital*» de esta ciudad, se halla sin proseguirse, y que se dé providencia para que se siga señalándose medios para que se vaya fabricando hasta que se ponga en perfección, teniendo presente lo que se determinó en el cabildo de 17 de Junio de

1736, que fue que se pidiese una limosna por los señores teniente general, alcaldes ordinarios y los señores capitulares, acompañados del capitán Francisco Ramírez de Arellano, administrador de dicho hospital, y que se despachase a los tenientes de corregidor de los partidos, cartas de ruego y encargo, para que se dediquen a pedir limosna en su jurisdicción, y con más, y otras limosnas, se adelante la fábrica de dicho hospital, hasta donde alcanzare, y si no fuese bastante para perfeccionar la obra, que se diese facultad al dicho don Francisco Ramírez de Arellano para de lo que cayese en adelante, perteneciente al dicho hospital, de los réditos u otros derechos, pueda gastarlos en dicha fábrica».

Los cabildantes determinaron que se adoptasen todas estas disposiciones que debían conducir la construcción a un término feliz. (Este edificio empezó a armarse en uno de los solares, pertenecientes al hospital, a los que hemos hecho referencia. Estaba ubicado en la orilla, hacia el Sur de la ciudad. Parece que se prefirió este lugar por la mayor facilidad en la limpieza, lo que vino a constituir un nuevo peligro para el vecindario, pues, las deyecciones se conducían directamente al río por medio de una zanja).

Nótese la accidentada historia del Santa Catalina, perseguido de incendios, sin poder aumentar sus comodidades, ni crearse fondos con el rédito de sus exiguas fincas, el que no pocas veces pasó por manos de algún mavor-domo poco escrupuloso; así, no es de admirar el lamentable estado de postración en que lo vamos a encontrar muchos años después.

Entretanto muchas de las ciudades de América tenían más de uno de estos, atendidos largamente, bien, por cuenta de la Corona, o por los gobiernos locales, a los que se permitía emplear en su beneficio parte no despreciable de sus ingresos. Solo Guayaquil estaba condenado a no tenerlo de manera formal!

En el acta de 20 de Julio de 1731 hay constancia de haberse examinado en el Cabildo el título de cirujano que exhibió Basilio Meneses de Echeverría, natural de Manleín? en el reino de Navarra, al que se concedió la licencia respectiva para ejercer el oficio.

Capítulo V

EL *Vómito Prieto*—*Opiniones del Dr. José Mascote sobre esta enfermedad*—*Número de víctimas que hace en Guayaquil*—*La carta de don Juan Bau-
iista Plazaert al prior de los Juandedianos*—*Pá-
rrafos interesantes.*—*Incisten aquellos en su ne-
gativa*—*Vuélvese la vista a los Betlemitas*—*Su
acogida favorable.*

En los años de 1729 y 1730, apareció en las cos-
tas de Cartagena de Indias una enfermedad, de la
que se viera libre, hasta entonces, la América Españo-
la del Sur: El terrible Vómito Prieto.

Desde 1687, que se presentó en varios puertos de
la América del Norte, fue su origen motivo de gran-
des discusiones, prevaleciendo la opinión de que sólo
se tuvo noticia de ella después del descubrimiento del
Nuevo Mundo, aunque muchos sostuvieron que era
oriunda del Asia, siendo transplantada de Siam a las
Antillas; por lo que solían llamarla Mal de Siam, y a
la cual el célebre Sauvages (Francisco Boissier de Sau-
vages, médico francés, profesor de Botánica y de Me-
dicina en la Universidad de Montpellier—Nació en
1706 y murió en 1767) bautizó de *Tifus icteródes*.

Universalmente dominada *Fiebre Amarilla*, esco-
jió, si venida de afuera, tan de preferencia para teatro
de sus hazañas, las costas cálidas de este Continente,
que llegó a ser endémica, sirviendo de terror al ex-
tranjero que las visita.

Los estragos que causó durante este primer pe-
ríodo fueron tales, que de la flota de guerra española,
estacionada frente a Santa Marta, bajo el mando de
Domingo Justiniani hizo en pocos meses un «cemente-
rio flotante», y en los galeones que llegaron conjunta-
mente a Cartajena, a cargo de don Manuel López Pin-
tado, cebóse de tal naturaleza que, «las personas que
se veían un día paseando en tierra, se les encontraba
al siguiente llevadas a la sepultura.»

¿Cuándo pasó a Panamá?

No lo sabemos; pero es indudable que a Gua-
yaquil nos fue introducida de este puerto, de la siguien-
te manera:

1740—Hallábase en 1740 España en abierta lu-
cha con Inglaterra.

El Mar Pacífico estaba infestado de corsarios que aparecían acá y allá, procurando sorprender las plazas indefensas, o tentar cualquier acto desesperado que ofreciere en recompensa rico botín. La «Armada de Galeones del Sur,» portadora de cuantiosos caudales hallábase al ancla en Panamá. Considerándose poco segura en un puerto abierto, resolvió retornar a Guayaquil, para esperar noticias más ciertas del paradero de la escuadra enemiga, a la que suponía en espera sobre su ruta.

Al entrar en nuestra ría, era portadora del germen de la Fiebre Amarilla. A poco se presentan entre sus tripulantes los primeros casos, y no se hacen esperar los epidemiados de tierra; cunde la alarma, y sin conocer la clase de epidemia, sin medios adecuados para combatirla, sin lugares propios para asistir a los contaminados, perecen al rededor de cuatro mil personas.

El concienzudo doctor José Mascote, que en 1842 se contrajo a hacer un estudio minucioso de la Fiebre Amarilla, que volvió a invadirnos en ese año, importada nuevamente de Panamá, en la goleta «Reina Victoria», consigna en su importante memoria, (Memoria sobre la Fiebre Amarilla que apareció en Guayaquil en el año de 1842—Guayaquil 1844—Imprenta de Manuel Ignacio Murillo), hablando de lo propicio que para su mejor desarrollo le fue nuestro suelo, este cuadro, aplicable también a la epidemia de 1740.

«La semejanza que tiene Guayaquil con algunas de las poblaciones de los Estados Unidos, por su colocación a las márgenes de un gran río, sujeto el flujo y reflujo del mar: el introducirse el mar mismo por detrás de la ciudad mucho más arriba de ella en su flujo, dejando una vasta playa a su reflujo; estar por otra parte casi todo su territorio circundado de aguas que puede considerarse como una isla».

«Además, varios ríos la riegan, e inundan diferentes puntos en sus avenidas, y por la abundancia de sus lluvias».

«Lagunas inmensas, pantanos innumerables, bosques de grande extensión lo cubren casi en la totalidad de su campiña. Cada una de estas condiciones, o todas reunidas, haciendo que se formen lodazales, y se corrompan las aguas estancadas, son suficientes causa para que se produzca una fermentación, mediante la que se levanten efluvios o miasmas, en los que se

encuentran los de la enfermedad que nos ocupa, o que tengan afinidad con los que la producen».

«Se me objetará diciendo; que en tantos años en que ha entrado continuamente un sinnúmero de bastimentos a este puerto, no ha sucedido semejante calamidad, no siendo creíble que a solo este, haya faltado el conveniente estado de aseo; que otros habrá habido más inmundos, y que las condiciones de localidad han existido siempre, como que están en la naturaleza misma del país, y que apesar de todo esto desde el año de 1740 en que, según La Condamine y Ulloa ya citados, se condujo esta plaga de Panamá, no se ha verificado hasta ahora, que ha aparecido bajo las mismas circunstancias. ¡Sí!, desgraciadamente bajo las mismas circunstancias a mi ver».

«Los galeones, que trajeron la fiebre, o más bien la causa de ella, en aquella época, adolecían sin duda del mismo mal que la goleta conductora de esta. No está probado, que estuviesen en estado de perfecta policía sus sentinas, y mientras no lo esté no habrá autoridad en ninguno, para poder persuadir, que el germen se importó de Panamá por el contagio».

«Respecto a lo que se diga, que no habrá sido la «Reina Victoria», el único bajel desaseado: contestaré, que en verdad habrá habido muchos, aún en mayor abandono, por lo que toca a limpieza; pero seguramente las materias putrescibles, habrán estado en la bodega, en la cubierta, u otra parte, y no en un lugar que pueda humedecerlas el agua del mar, hasta el grado de formar una fermentación apropiada para la producción de esta enfermedad. O en caso de existir tales materias en la sentina, no haber tenido el tiempo suficiente para que se provocase tal fermentación, a consecuencia de limpiarse esa parte algunas ocasiones accidental, en algún puerto».

«No es, tan solo la inmundicia y el calor que forman esta enfermedad, es menester, que la inmundicia esté acompañada de la humedad del agua marina, de modo que después de algún tiempo se haga un foco de infección marítimo: de otro modo se producirá otra clase de males y no el de que se trata. Se han visto, por tanto, en los que han estado sometidos a la esfera de esa otra infección; el escorbuto, las fiebres intermitentes y aún perniciosas, la disentería, etc; y si solo el calor y falta de limpieza fuesen capaces de dar origen a la *fiebre amarilla*, habría sido muy fami-

liar entre nosotros. Ella era desconocida hasta que presentándose un foco de infección marítimo, le dió lugar el año de 1840, y se ha renovado al presente.»

Hé aquí lo que sabemos sobre la irrupción de la *Fiebre Amarilla* de 1740. Ya vemos que nos vino importada de Panamá, como es probable que también sucediera con la invasión de 1709, si no estuvieron equivocados los que creyeron reconocerla en las pocas víctimas que hizo entonces.

Nunca se vió más necesario el hospital que en tan aciagos días, y más que este, la de regentes adecuados.

Muy pronto se ocuparon las pocas camas que contenía, y aún se siguió recibiendo atacados, a quienes por toda comodidad se les daba el duro suelo, sin tener muchas veces una mala cobija con que abrigarlos: llegando el triste caso de rechazar de las puertas a los que seguían buscando en él, alguna débil esperanza. Casi todos los que ingresaron sucumbieron pronto, en manos de los tres o cuatro zambos, que hacían de enfermeros, y quienes no siempre cumplían con los epidemiados las pocas prescripciones que les sugería el barbero-boticario, asesor técnico del ignorante mayordomo.

Comprendiendo el Cabildo que mientras no hubiese facultativo estable en la ciudad, y aún así mismo, se imponía que la asistencia de los enfermos estuviese depositada en personas piadosas, y que nadie más aparentes que los religiosos hospitalarios, a quienes les imponía el ejercicio especial de esta virtud, su sagrado instituto; volvió, por centésima vez, a dirigirse a los hermanos de San Juan de Diss, establecidos en Lima, exhortándoles a que viniesen a tomar posesión de esta casa. Para reforzar esta súplica, escribió juntamente al prior de esta orden, de quien era amigo, el regidor Juan Bautista Plazaert, una sentida carta, de la que extractamos el siguiente acápite, que bien pinto el desgraciado decaimiento del hospital.

«Muchos días ha que el hospital de esta ciudad no tiene subsistencia, pues en 40 y más años que tengo del país, siempre lo he visto en peor estado, unas veces más que otras, y hoy que lo tiene a su cargo don Francisco de Avellán, hombre caritativo y aplicado, no alcanza a la formal hospitalidad de una doce-

na de pobres, ni creo que podrá tener subsistencia, siempre que se mantenga en poder de seculares, por el continuo mirar, primero por las conveniencias propias, adelantamientos y mantenimientos de nuestras casas, y aun tener por conveniencia, aprovechamientos en las agenas, que así regulo el hospital, y lo he visto prácticamente muchas veces en algunos.»

«En el año de 28 se ofrecieron 4 caritativos a gastar \$ 24.000 en hacer un hospital claustrado con Iglesia y demás oficinas, y juntando el Cabildo para hacer la planta, solo por la condición de que se había de entregar a una Religión de hospitalidad, se desbarató toda la obra pía, por no querer los señores del Cabildo largar este dominio, vínculo, congrua, o que se yo lo que diga». (Efectivamente sucedió así; pero la razón que tuvieron estos sujetos, al no querer desprenderse del derecho de patronato que ejercían sobre los hospitales que se fundasen en el Corregimiento, en virtud de la ley 7^a, libro V^o, título 6^o, de la «Recopilación de Iddias», fue la veleidad demostrada por los relihiosos de San Juan de Dios, quienes en tales condiciones podrían haber abandonado la casa, quedando el Cabildo imposibilitado para cederla a otras personas, y por consiguiente la ciudad sin hospital).

Por la dicha misiva seguimos imponiéndonos, que los solares del hospital, solamente le producían algo menos de \$ 1.000, y que con los derechos que pagaban las embarcaciones que entraban al puerto, se podía contar, como renta fija, con esa suma, redonda. Se advertía además que el Gobierno entregaría una botica bien provista, lo que amentaría el ingreso considerablemente.

El Hospital no contaba para 1747 sino con dos salas de asistencia: una para hombres, y otra para mujeres. Los enfermos estaban alojados sobre el suelo, en pequeños petates. Muchos de ellos no tenían ni un toldo. Las medicinas se le suministraban muy de tarde en tarde y el alimento que se les proporcionaba en cazuelas de barro, era incomible. En el edificio, reinaba un completo desaseo, y se percibía un olor fétido, irrespirable. El botiquín, si tal puede llamarse el que había, era insuficiente para sus necesidades. (Informe que, a solicitud del Cabildo, expide, en 2 de Febrero de 1747, el Dr. Juan de Aguirre, Médico y Cirujano de la Real Armada y del Protomedicato de la Villa de Madrid).

El prior de San Juan de Dios respondió, que no le era posible aceptar la propuesta, y se volvió los ojos a los betlemitas.

Varias personas distinguidas se ofrecieron a dirigir una carta colectiva al vice-general de éstos, que residía en Lima, encareciéndole tomase el hospital bajo el manto de su religión.

1749—La contestación fue favorable, y se leyó en la sesión de 23 de Setiembre de 1749.

Fray José de la Cruz, así se llamaba el vice-general, agradecía la distinción de que hacía el Cabildo, objeto a su milicia; pedía solamente se pusiese esta resolución en conocimiento del Presidente de la Real Audiencia, de quien se debía recabar la correspondiente autorización para la entrega que se proyectaba.

Para finiquitar cuanto antes asunto tan importante, se ordenó convocar a Cabildo Pleno, el día 27 del mismo mes, con cuyo motivo se comisionó al escribano, a fin de que citase a los alcaldes y regidores que se hallasen ausentes o enfermos, entregándose al procurador general, la carta del Vice-general y los demás papeles pertinentes a este proyecto; a que los estudiase y pudiera emitir su dictamen en pró del bien común.

Capítulo VI

CABILDO del 27 de Setiembre de 1749—Arribo del primer betlemita—Algunos datos sobre esta Institución—Gestiones del Cabildo para subsanar los inconvenientes que se ofrecían para la entrega—Fray Carlos de Santo Toribio recibe el Hospital provisionalmente—Resolución favorable del Virrey—Exposición de Fray Carlos—Intriga de los de San Juan de Dios—Los Betlemitas devuelven el Hospital.

En la fecha indicada, se reunieron en la Casa Consistorial, los miembros de dicha Corporación, interesados todos, en que el propósito tuviera su más pronta y feliz realización.

El procurador general, José de Cortázar, después de dar lectura a las comunicaciones cruzadas entre los vecinos de la ciudad y los padres betlemitas expu-

so: que de la venida de los últimos resultaría gran provecho a la sociedad particularmente respecto de la instalación de una botica verdadera, que en su concepto debía ser la única, prohibiéndose el expendio de drogas en las pulperías y tiendas particulares, abuso que se había vuelto a introducir. De este modo, decía: «se logrará el medicamento fresco, y adecuado y a precio cómodo, según el arancel y tasa que se acostumbra en las demás ciudades y villas, y cesarán las tiranías que se tienen experimentadas en las otras boticas». Las razones del procurador fueron acogidas con aplauso por todos sus compañeros. Unánimemente se dispuso que se expida a la brevedad posible una carta de gratitud a fray José de la Cruz, por haberse dignado acoger favorablemente el voto general, instándole a que se apresurase a remitir copia de la real cédula, por la que se les autoriza a regentar hospitales, documento necesario que debía acompañarse a la instancia que se haría a Quito, reclamando como lo quería el vice-general, la anuencia del Presidente, en este asunto. Dióse encargo de ello al señor Procurador, quien debía también remitir a Lima, una razón detallada de las rentas del hospital, advirtiéndole que la Corporación recabaría con insistencia de la autoridad competente, la reanudación del cobro del tributo de real y medio «por tercio de seis meses» que pagaban los indios de la jurisdicción, y que se había suspendido por falta de hospital formal. (Disposición del virrey del Perú, de 21 de Enero de 1738). Mientras se cumpliesen estos requisitos, y con la seguridad de que tendrían un feliz resultado, se instaba al padre José, a que enviase un representante a tomar posesión de la encomienda, el que no se hizo esperar, y lo fue el hermano Carlos de Santo Toribio, quien llegó a Guayaquil para fines de Julio de 1750.

1750—Digamos algo sobre estos nuevos huéspedes. La hermandad hospitalaria de Betlem, fue fundada, como queda referido, en la Provincia de Guatemala, con el título de «Congregación», por Pedro de San Joseph Betancourt, hijo de nobles españoles. Mereció la aprobación de Clemente X, quien la autorizó por bulas de 2 de Mayo de 1672, y 3 de Noviembre de 1674. Inocencio XI la erigió en comunidad regular, el 26 de Marzo de 1687, y desde entonces empezó a extenderse en la América. Pasó a México, luego a Lima (1671) Piura, Trujillo, y por último a Quito. En todas ellas se dedicaban al servicio de hospitales, los que bajo su atención respiraban asco y desahogo.

Descalzos, a imitación de los franciscanos, diferenciábase su hábito muy poco del de los capuchinos: hecho de paño burdo, pardo oscuro, sobre el cual, en uno de los costados del manto, traía el escapulario de Nuestra Señora de Betlem, siéndoles también permitido el uso de la barba. Alborozáronse los vecinos con la presencia del betlemita, y, no queriendo que se perdiera más tiempo dispusieron se convocase a un Cabildo Abierto, encaminado a resolver que se hiciese la entrega del inmueble, al religioso, aún antes de que terminase el expediente que se seguía en la lejana Bogotá. Esto tuvo lugar el 5 de Agosto dando por resultado, la entrega provicional, que, a nombre de la ciudad hizo «a la religión betlemita de Lima, representada por fray Carlos de Santo Toribio», al siguiente, al alguacil mayor, Francisco de Gorostiza, y al procurador general Juan Bautista Maruri.

1751—El 4 de Agosto de 1751 recibió el gobernador Manuel Moreno y Ollo, la anhelada aprobación de la entrega que se hiciera a los betlemitas, firmada por el virey, y fechada en Santa Fé a 29 de Mayo, (Dn. José Alfonso Pizarro, marqués del Villar) «bien entendido», se aclaraba, «que en la entrega no debe comprenderse cedido el derecho del Real Patronato»; y por lo que tocaba al tomín que pagaban los indios, se pedía un informe de los oficiales reales sobre lo que hubiese sido práctica y costumbre.

Fray Carlos de Santo Toribio había estudiado escrupulosamente las necesidades y conveniencias de la casa que recibiera, de suerte que, al avisársele del acuerdo aprobatorio del virey, dirigió al Cuerpo, poco después, una solicitud contraída a exponer varios puntos que en su concepto propendían al bienestar del hospital que regentaba.

«1o Que inter el hospital se fabrica en el lugar que para ello está destinado (el betlemita había conseguido que se le cediera un terreno en las faldas del cerro, dominado «Loma de los Ciruelos», y obtuvo el permiso para construir allí un nuevo local, donde beneficiaba a la ciudad, la lejanía, y a este, el mejor suelo y clima) no se han de admitir en el que hoy sirve, más que veinte enfermos, cuyo número se podrá aumentar cuando las rentas de dicho hospital se pongan en corriente, pues mejor es de que sean perfectamente asistidos 20 enfermos, que no que perezcan muchos».

«2º Que, respecto de que ya se ha de mudar el hospital al sitio de la loma, y no se perjudica al vecindario con la inmediación que ahora de él se tiene, han de poder los religiosos, fabricar en el sitio en que están puestos los estantes, para que de su producto tenga ese aumento la renta de dicho hospital y, para que no se alegue que pueda embarazar la vista de las casas, se pondrá por condición que sólo se puedan fabricar covachas, sin que por ningún motivo puedan hacerse altas. (Los estantes a que alude, debieron ser parte del edificio que se proyectó en un principio, y que, como se vé, quedó inconcluso.

«3º Que para la seguridad del nuevo hospital, y sociego de los pobres enfermos, se les ha de notificar a los que tienen ranchos junto al sitio en que se ha de fabricar el hospital, se retiren en alguna distancia, como se tiene mandado, por el peligro de los fuegos que a cada paso se experimentan».

«4º Que siendo muy nocivo a las repúblicas que los imperitos manejen boticas, con notable perjuicio de todo el vecindario, luego que mi religión forme una botica, bien proveida, se les notifique a todos los boticarios, que manifiesten aprobación de sus oficios, y no lo haciendo, sean obligados a dejar dichos empleos, pena de que si prosiguen en ellos, se apliquen los botes y sus medicamentos a los pobres del hospital; que así se cortará el gravísimo inconveniente que puede resultar del poco cuidado en un ejercicio tan peligroso, que del menor descuido puede seguirse la muerte de algunos, como en efecto no ha muchos años que en esta ciudad sucedió; dejando el derecho a salvo a todos los que con legítimo título sean tales boticarios aprobados, pues el ánimo de mi religión no es probar el común de este beneficio, sino cuidar los inconvenientes que van expresados».

Las atinadas reflexiones del fraile merecieron favorable acogida por parte del Gobierno. Se exigió a todos aquellos que expendían drogas la presentación de sus licencias, y a los que no pudieron presentarlas se les privó de este ejercicio. Con los conocimientos propios de su oficio, y poseído de un amor verdadero por los necesitados, se propuso el padre Carlos levantar nuestro hospital a la altura de los otros establecimientos que dirigía su hermandad en el Continente. Escribió a su superior, pidiéndole un compañero, combinó un plan de verdadera organización, y queriendo que todo el vecindario se empapase del estado

real y de las urgencias de esta fundación, dirigió al Cabildo una minuciosa información, que suplicóse leyese en presencia de los jefes de familia, a fin de interesar su caridad poder levantarla del penoso estado de postración en que yacía.

De este curioso documento, extractamos algunos interesantes apuntes.

Las entradas anuales del hospital eran:

<i>Parte que le correspondía en el impuesto llamado del Noveno.....</i>	<i>\$ 600</i>
<i>Producto de arrendamiento de 8 bodegas a razón de \$ 6 mensuales.....</i>	<i>576</i>

(Renta nada estable, porque como observa el autor, no siempre estaban arrendadas, por estar situadas bajo la cocina y enfermería del hospital, caían en ellas «muchas aguas sucias por las rendijas del piso que no se habían calafateado».—Solo las tomaban para depósito de cacao, a falta de mejores).

<i>Intereses de \$ 6.000 entregados a censo a varios sujetos.....</i>	<i>300</i>
<i>Valor de las limosnas que se recogían los días viernes de cada semana, que nunca pasaban de \$ 6.....</i>	<i>312</i>

Total..... \$ 1688

¿Qué podía hacerse con tan exigua suma? Los vecinos ofrecieron ayudar al betlemita, como en efecto sucedió. Días después, le enviaron cierta suma que sirvió para adquirir camas, sábanas limpias, arreglo de botica, y adquisición de varios utensillos indispensables, pues en el hospital «solo existía una geringa vieja y muy maltratada: de modo que para un pobre enfermo le entrase lo correspondiente a una ayuda, era menester echarle tres a cuatro, con notable mortificación: no tenía sino una ventosa, para recoger los orines de treinta personas, &, &.»

Pronto empezó la casa a respirar cierto aire de decencia, y los enfermos acudir a él con mayor confianza. Mas, a medida que esto sucedía, se imponía el caso de una renta mayor, y seguía. Era imposible seguir sosteniéndolo con los escasos medios con que contaba, y con los eventuales que le proporcionaba la caridad pública.—Reconócelo así fray Carlos, y en maduro memorial, pide al Cabildo gestione permiso

para dedicar buena parte de la Renta de Propios en el decente tenimiento de uno de los más urgentes reclamos de un pueblo culto. Tal habría sucedido, de no haberse presentado en Guayaquil un religioso de San Juan de Dios, el hermano Montijo, con el pretexto aparente de reparar su salud, pero con el real de ver si podía obtener que se les quitase el hospital a los betlemitas y se le volviese a su comunidad. ¡Parece mentira, los juandedianos, a quienes tanto se había rogado para que lo amparasen, desdeñando siempre las instancias de Guayaquil, ahora, que lo veían en otras manos, ansiaban decididamente su posesión!

El de Montijo puso en juego toda clase de intrigas para desacreditar a sus rivales, llegando a aseverar públicamente que a su *Religión* le bastaría los escasos réditos, para mantenerlo con esplendor! No dejó de conseguirse prosélitos, de suerte que, sembrando aquí y allá la duda acerca del proceder de fray Carlos, a quien atribuía sobre todo el deseo de vivir holgadamente y de perseguir, antes la abundancia de los suyos, que el remedio de los necesitados, obtuvo del Cabildo se mirase con cierto recelo la idea del peticionario. Al convencerse éste del trabajo de su antagonista, y persuadido de que la lentitud que se ponía en negocio tan provechoso, no le permitiría presentarlo tan pronto y bien como lo deseaba, para recomendación de su Instituto, y verdadero provecho de los pobres, escribió a su superior, el conflicto que se les preparaba, y con el beneplácito de éste presentó escrito al Cabildo, explicando las razones por las que se veía constreñido a reintegrar el depósito que se le había confiado, entre las que figuraban en primer término las conspiraciones ocultas de los religiosos de San Juan de Dios. (Informe de fray Carlos de Santo Toribio de Setiembre 19 de 1752. Archivo Municipal.) Leído en el Cabildo de 20 de Octubre de 1752, resolvióse no admitir el propósito porque «no son de ningún fundamento los habladijos y voces vulgares del vulgo, ni merecen crédito.»

Montijo vio defraudadas sus esperanzas, los betlemitas continuaron en el hospital, pero el Cabildo no hizo nada por obtener para éste los recursos imperiosos que exigía fray Carlos, por lo que poco tiempo después (1752) vino de Lima en calidad de apoderado de su convento fray Felipe Santiago de los Angeles, el que, en 25 de Setiembre devolvió formalmente al Cabildo el Hospital de Santa Catalina.

Capítulo VII

SE dá principio al empedrado de la ciudad—*El Hospital—Cambio de nombre—Peste de 1776—Un teniente de protomédico—El Dr. José del Pulgar—Nuevo cambio de local—Iuagúrase el hospital del cerro—Las viruelas en 1785—Método curativo enviado de la península—Providencias tomadas en la ciudad—Hurtado es nombrado médico del hospital.*

1771—La época del mayor número de enfermedades en Guayaquil era la de la suspensión de las lluvias; *salidas de aguas*, decían nuestros mayores, y la razón se explicaba fácilmente. Las calles que, durante la fuerza del invierno, permanecían convertidas en canales, empezaban a secar con los primeros soles del verano. Las aguas estancadas se volvían putrefactas, exhalaban miasmas deletéreos a influjos del calor tropical. Las fiebres infecciosas aparecían periódicamente, causando víctimas innumerables. Para librars de sus garras emigraban las familias acomodadas, bien a sus fincas del Daule o del Babahoyo, o a los sitios de mar de las inmediaciones, hasta que las calles estuviesen completamente secas.

Ya se había reconocido de tiempo atrás, lo inaplazable que se hacía el emprender en su empedrado, y en proveerlas de zanjas de desagüe; solo que siempre se tropezó con falta de fondos.

Don Francisco Antonio Fernández, gobernador de Guayaquil, se propuso iniciar aquella mejora local, ideando un plan que subsanase aquel grave inconveniente.

El 12 de Abril de 1771, reunió a las autoridades civiles y religiosas, lo mismo que a los vecinos pudientes y jefes de gremio, y a presencia de éstos desarrolló su pensamiento: Consistía:

1º En sustituir toda pena que se pusiese a los contraventores, por tantos días de trabajos públicos, según ellas, los que emplearían en sacar piedras del cerro (el Santa Ana), que se acarrearían a la ciudad en balzas costeadas por el Cabildo.

2º En obtener de los mercaderes (los comerciantes), que contribuyesen por una vez a una suscripción voluntaria, para el pago de acarreo y trabajo de saca, que no ejecutasen los presos y

39 En comprometerse los sujetos, cuya calle se empedrase, a proporcionar el alimento a los trabajadores forzados, y pagar los jornales de los voluntarios, mientras durase el arreglo de ella.

Los asistentes aplaudieron el plan del gobernador, a quien ofrecieron decidido apoyo, convencidos de que de esta suerte, a más de embellecerse la ciudad, se conseguiría extirpar las epidemias anuales. Los vecinos Tomás Valarezo, Clemente Ruiz y Santiago Espantoso, declararon que estaban dispuestos a ejecutar el trabajo frente a sus pertenencias, por propia cuenta y don Vicente del Castillo ofreció además contribuir al fondo común con \$ 100.

Es constante que durante el gobierno de Fernández, se cascajearon algunas calles, se disecaron muchos pantanos, rellenáronse pozas y lagunas, y se pavimentaron ciertos pedazos. (Representación del proclrador general acerca de los servicios prestados por el gobernador Francisco Antonio Fernández.—Archivo Municipal).

¿Qué había sido entretanto del hospital que debido a las intrigas de Montijo se vieron obligados a dejar los betlemitas? Desde 1758 lo encontramos ya en manos de los juandedianos, quienes habían sustituido su nombre tradicional de «*Santa Catalina*» por el de «*San Juan de Dios*». Su director llamaba fray Domingo Soria; organización y recursos diferían muy poco de los apuntados anteriormente.

1776—En 1776 hubo una fuerte epidemia que puso la población en alarma. Los papeles municipales no dicen su nombre, sí, que se dieron casos de muerte violenta, y que el pánico llegó a tal punto que se hicieron rogativas públicas y que más de un empedernido pecador iba por esas calles, rosario en mano, «suplicando a Dios cesase en su justa cólera divina.

A mediados de este año, llegó a Guayaquil, a residir en ella, el doctor Javier Ruiz, con nombramiento de teniente del Protomedicato del Perú. Ruiz encontró en la ciudad varios sujetos que sin licencia, y lo que es más, sin conocimientos, especulaban con la profesión; item, no pocos, que se dedicaban arbitrariamente a la venta de medicamentos. En cumplimiento de su deber hizo una visita de inspección, cerrado los locales, donde se comerciaba sin facultad, y denunciando a los que curaban sin derecho.

1780—El 25 de Enero de 1780 se presentó al Cabildo el Dr. José del Pulgar, nombrado con igual cargo, en sustitución del Dr. Ruiz. Este facultativo tomó muy a pecho la vigilancia del hospital, donde a su ver, morían los pacientes, mas por falta de cuidado, que de males. Sugirió al procurador lo útil de una visita que permitiera apreciar la forma y clase de alimentación que se propinaba a éstos, y una mañana se dirigieron a él a la hora del almuerzo: asistieron a la distribución del alimento, lo que trajo por consecuencia que el representante del pueblo, denunciase en la sesión de 19 de Octubre «que el hospital no gastaba diariamente más de media arroba de carne, entrando en ella huesos, que todo vale uno y medio reales y esto para 16 enfermos que todos se mantienen con un real y medio de carne, con más los buenos que comen de él, de los muchos que hay en esa casa».

«Que causa grave dolor el ver que un enfermo de *apostema* se haya desayunado en el día con *carne asada*, lo mismo que los que padecen de *costado*».

«Que preguntados los enfermos si habían comido de ave desde que entraron al hospital, respondieron que ninguna, y que otro que estaba de purga expuso que a él le daban *locro de carne*».

«Que al ver la admiración que causaba todo esto al informante, uno de los enfermos le dijo: *«el que entra a este hospital no viene más que a morir por el ningún alivio que recibe»*.

Aquí cabe preguntar: ¿qué se hicieron aquellos recursos que Montijo estimaba sobrados para la perfecta atención de los enfermos? y, ¿no iba en mejores vías de prosperidad durante la corta administración de los betlemitas, a los que se acusaba de pensar excesivamente a la holgura de sus personas?

El Cabildo, apercibido de la mala e inadecuada alimentación que se daba a los enfermos reclamó del regente mayor atención sobre el particular, instándole para que tomase consejo del Dr. del Pulgar sobre su atinada selección y no se hiciese en ella economías. El padre Soria dijo que se avenía a la indicación del Cuerpo.

1783—Puede decirse con propiedad que el San Juan de Dios era un hospital ambulante. En efecto, llevamos visto como había cambiado de sitio en dos o

tres ocasiones, por diversos motivos. Ahora lo encontramos cerca de la ría, por la parte sur de la ciudad, si bien estaba mandado que se pasase a las faldas del cerro, como se cuenta en el capítulo anterior.

Los betlemitas pararon los primeros estantes, teniendo pronto que paralizar el trabajo por falta de dinero. Mientras tanto no dejaba de comprenderse que este sitio había sido escogido con mucho acierto. Recordábanse las palabras de fray Carlos, de que «los enfermos padecían grave perjuicio con los vientos que continuamente lo baten y hacen en ella la primera impresión, y la ciudad recibe enorme herida con las dañosas infecciones que luego le llevan.»

Creiendo observar el Dr. Antonio Marcos, Procurador, que «algunas enfermedades del hospital se habían transmitido al centro por los vientos», pide, el 25 de Setiembre, que se pase a los estramuros. Resuélvese el punto favorablemente y se estipula que la casa que se va a desocupar pueda venderse en remate quedando su producido a favor de la nueva planta. Lamenta el Cabildo no poder mover con este propósito una suscripción popular, con motivo de que acababa de dictarse una ordenanza para que todos los propietarios revistiesen de quinchá sus casas, debiendo destruirse las que no estuviesen en tal estado en cierto término, medida severa que se dictó para precautelarse de los devastadores incendios. Con todo, se permitió al padre Soria intentarla particularmente entre los devotos. Llévela a cabo éste, y agregada a la suma que produjo el remate de la casa de la orilla, y de un oportuno legado testamentario, inaugura, dos años después, el hospital del cerro.

1785—Habíanse presentado en 1785 algunos casos de viruela sobre todo entre los huéspedes del interior. Por los mismos días habíase recibido de la Metrópoli un pliego de instrucciones que debía seguirse en los dominios españoles, para prevenir la propagación de dicha epidemia. Con tal motivo el gobernador Ramón García de León y Pizarro convocó a determinadas personas para resolver convenientemente lo conducente al respecto. Ya Guayaquil tenía su cuerpo facultativo. Lo componían, aparte del protomédico, Javier Ruiz, nuestro conocido, los médicos Ignacio Urtado de López e Ignacio Alvarado y los cirujanos José Bardallo y José Vargas. Cítase también al padre Soria, director del hospital, al vicario, Dr. Ramón

de Argote, a los oficiales de la real hacienda Gaspar de la Cruz Ximena Muñoz de Guzmán, y Jacinto Bejarano, al administrador de aduanas y alcabalas. Manuel García Cáceres, y a los capitanes Miguel de Olmedo y Jacinto Boderó.

El gobernador exhibió la noticia remitida de España, la encomendó a los médicos para su estudio y expuso las medidas que pensaba tomar la propagación del mal, si la junta las estimaba adecuadas. Mereciendo la confirmación de sus miembros, se convino en publicarlas por bando para conocimiento del vecindario: Los atacados debían ser aislados en una barraca especial. Se prevenía a los vecinos, bajo pena de fuertes multas, que empedrasen los patios interiores de sus casas y mantuviesen en perfecto asco el frente de éstas. Se comisionaba al comandante Manuel de Guevara para que visitase las embarcaciones que salían para los pueblos, a fin de impedir pasase a ellos la epidemia. Se encargaba al Cabildo quemar en las calles palos aromáticos para purificar la atmósfera y el velar porque se rozasen los montes de la vía pública. Las providencias tomadas dieron un buen resultado. Esta vez fueron pocas las víctimas de tan terrible azote.

1788—El 12 de Febrero de 1788 se nombró por primera vez médico de hospital, habiendo corrido hasta allí con la curación de los enfermos los religiosos que lo administraban, quienes muchas veces no tenían más conocimientos que los rudimentarios de botica. También es cierto que no había en la ciudad médicos estables. El nombramiento recayó en el Dr. Ignacio Hurtado, el que gozaba de gran prestigio, y se hizo a solicitud del mismo Soria.

Capítulo VIII

UN gobernante modelo—Ojeada retrospectiva—Cuadro que traza el marqués de Maenza.

Al hablar del Gobierno Español en América, incurrese generalmente en un grave error, calificándolo con suma ligereza de despótico e ignorante. ¡Gratuita, e innecesaria imputación, hija de la poca atención y estudio que se presta por lo común a la época más interesante de nuestra historia! En efecto, los que algo nos hemos preocupado de analizar el sistema colonial, sabemos que la madre patria no ejerció en sus

dominios de ultramar, otros métodos de organización que los prestados a su estado social y al ambiente general de la época. Muchas de las inculpaciones que se le enrostran, particularmente las trabas puestas al Comercio, y su monopolio, eran también parte integrante de los reglamentos coloniales de Francia y la Inglaterra. Y si no puede negarse que muchas veces fueron los delegados reales, personas faltas de instrucción, y por consiguiente perversos administradores, si hubo realmente sujetos que sólo pensaron en levantar fortuna a costa de abusos y extorsiones, no se olvide que también tuvimos autoridades celosas del bien público, patriotas y progresistas y que en más de un archivo figuran los voluminosos procesos, seguidos contra individuos cuyo abuso de poder llegó a oídos del Monarca o su Consejo. «La Colonia no dió señales de vida», prorrumpen escritores que sólo la juzgan por lo que se decía en los momentos de exaltación de la Guerra de Independencia. España cometió sin duda posible, faltas graves que trajeron por consecuencia la emancipación americana; pero de allí, a la completa inercia que se atribuye a su regencia, hay una considerable distancia.

¿Cuántos gobernadores republicanos, en mejores días, con más amplios recursos, han tratado de procurar el adelanto de esta querida Guayaquil, tan desinteresada y patrióticamente como el gobernador español Aguirre Irisarri?

Esta pregunta nos la hemos hecho cada vez que hemos dado con alguno de los estudios y proyectos, con el testimonio de las obras de utilidad que realizó en la Provincia, el personaje de que vamos a ocuparnos.

Don José de Aguirre Irisarri, coronel de los Reales Ejércitos, condecorado con el hábito de Santiago, sucedió, en el Gobierno a García de León y Pizarro, tomó posesión del cargo en 7 de Marzo de 1789 y lo ejerció hasta el 14 de Abril de 1795.

Aguirre halló a Guayaquil algo repuesto del tremendo golpe que le ocasionara el voraz incendio del 10 de Noviembre de 1764, que consumió en pocas horas centenares de casas, y costó al vecindario una pérdida que se estima en \$ 1,500,000,—si bien por otra parte sus condiciones de higiene mejoradas notablemente.

Unos de sus antecesores (el coronel Francisco de Ugarte—13 de Febrero de 1772 a 27 de Abril de 1776) puso todo su empeño en la pavimentación formal de las calles, iniciada en 1771). Tan convencidos estaban los guayaquileños de que el único medio de desterrar las continuas epidemias que los azotaban, era el impedir que se perpetuaran los pantanos y lagunas que se formaba cada invierno, que, apesar del recio quebranto de sus caudales, haciendo un supremo esfuerzo, correspondieron al deseo de Ugarte con una suscripción de \$ 168.000, que se emplearon religiosamente en este objeto. El beneficio se palpó muy pronto. La salud pública ganó inmensamente; el marqués de Maenza (respuesta dada a la solicitud del procurador Francisco Trexo, en la formación de un expediente, encaminado a suplicar del rey la suspensión del derecho de alcabalas en esta Provincia, por determinado número de años, con motivo de la suma indigencia a que dejó reducido el vecindario el incendio de 1764), establece la comparación de las condiciones de Guayaquil, antes y después del trabajo que formalizó Ugarte.

«Era Guayaquil en los Inviernos, el lugar más enfermizo que se conocía en estas partes por las repetidas o continuas pestes que se experimentaban. Sus calles competían con los más ásperos caminos de las montañas que van a la sierra; porque siendo su suelo muy fangoso, y floxísimo, con la lluvias (aún siendo tal, que con muy pocas se pone malo) se reducía a unos pantanos, en que ví algunas veces, que un caballo de cuerpo, en que iba montado un hombre, se atollara hasta cerca de los pechos; y si hubiera habido tráfico de bestias, que no era usado, no hubieran sido transitables. Muchas de las casas estaban reducidas a islas, rodeadas de lagunas de aguas detenidas, y corrompidas, cuyos vapores no podían dejar de ser muy nocivos a la común salud. La incomodidad que esto ocasionaba a la gente, es inexplicable; pues aunque caminaba por los portales, estos se ponían con el trajín muy lodosos; y para pasar de uno a otro por la bocas calles, era yuevitable o meterse en todo el lodazal, o pasar por sima de una Alfaxia estando esta con tanto lodo, y resvaladiza, que era inminente el riesgo de una caída, en que se rompiesen los huesos, o se mata-se. Siendo dignísimo de notar que así hubiese permanecido tantos años esta ciudad sin que hubiesen tenido valor sus habitantes para haber puesto reparo en punto tan importante; viviendo todos por costumbre tan conformes con estas penalidades, que no habiéndolas experimentado, no pueden creerse, ni con-

sevirse al referirlas. Vino al fin a ser Gobernador de esta ciudad el Coronel Don Francisco Ugarte, quien habiendo emprehendido esta admirable obra que ha conseguido su esfuerzo en la mayor parte, venciendo los imposibles que se le oponían, ha hecho una ciudad tan distinta de lo que era antes, que puede decirse que es la nueva Guayaquil en que debe hacerse eterno su nombre».

«Y creo que no es fuera de servidumbre, que ahorran algunos otros costos que antes hscían por las malas calles: en que tengo por el de mayor consideración el de curarse de las repetidas fiebres que ocasionaban los malos álitos: Sobre que tratando yo de esto, con el Dortor Don Javier Ruiz, me dijo pocos días ha (con la gracia de su buena capacidad y experiencia) que los empedrados de las calles le habían rebajado no poco lo que antes adquiría con su facultad). ¿Qué mejor prueba de lo que generalmente se experimenta? Ojalá que el sabio zeloso rejimen del respetable Ilustre Cuerpo, que compone V. Señoría hallase otro adbitrio para mejorar de agua (que no es imposible) a su Noble Patria, para que del todo se destruyesen las causas de tantas enfermedades, que provienen de ella, y de los lastimosos padecimientos de la Gente pobre (que es mucha en número) cuando el Río se sale en el verano con el impulso de las mareas (que es en la mayor parte del año), pues aun cuando está dulce en el Invierno, viene tan infectada de todas las partes inundadisas (que son dilatadisísimas), de todos los animales ponzoñosos que mueren, de los muchos Ganados que peresen, de las raíces, cortesas, ojas, yerbas venenosas, y otras muchas putrefacciones de que abundan los campos y montañas».

¿Qué no hizo Aguirre Irisarri durante su corta gerencia? ¡Juzguen quienes estas páginas leyeren, sino merece bien de la posteridad!

La primer mejora que le debió Guayaquil fue la construcción del primer puente sobre el Estero Salado, que llevó a cabo, según él mismo lo declara, como «ensayo de sus buenos deseos», sin gravámen alguno para el Gobierno. Pero, cedamos mejor la palabra al pocurador general don Pablo Mendiola (Informe sobre los servicios de Aguirre Irisarri—1794.)

«El sólido y costoso puente, cuya magnitud con ser tanta, no es equiparable a la utilidad que de él reporta la Provincia, facilitándole su comercio inferior,

y el más pronto y mejor abasto de la ciudad, cerrando al mismo tiempo el paso franco que tenían las aguas saladas para mezclar el aire con las del río, de que resultaba no poco daño a la salud, y lo menos a todo el terreno que inundaba, que en poco tiempo se hará muy útil; en lo que no sólo ha sacrificado sus intereses y proporcionado justos y legales arbitrios que aprobados por la Real Audencia del Distrito han facilitado su conclusión, sino también dedicándose con la mayor eficacia y actividad a que tuviese efecto tan importante obra. La de la calzada que facilita el paso de esta ciudad a la antigua que se va a poner en ejecución sirviéndole de fondos el producto de las Barracas que a sus espensas ha construido en la Plaza del Mercado. El proyecto de la obra tan útil, necesaria e importante del muelle abraza toda la orilla del río que comprende lo principal de la ciudad semejante al que se ha levantado a orillas del magnífico edificio que se está concluyendo para la fábrica de aguardiente, haciendo ver el costo efectivo que puede tener, y los racionales y justos arbitrios que lo pueden facilitar. La hermosa y costosa Sala de Armas, con su correspondiente almacén para los pertrechos de guerra. El reloj que gobierna la ciudad. La noria y estanque en el cerro de la ciudad vieja que le abastece de aguas en el tiempo de su escasez; que una y otra han sido costeados de su propio peculio. El conato con que ha propendido a que se restablezcan las escuelas para decoro, lustre y utilidad de la ciudad, contribuyendo con los auxilios que puedan hacer accesible tan importante obra.»

«Todas estas obras, y otras que deja en silencio su modestia y ninguna ambición, como reparo que a su costa acaba de hacer en la Capilla de la Orden Tercera, son testimonios y monumentos irrefragables del mérito que ha contraído en esta parte, cumpliendo con los deberes de buen Gobernador, ennobleciendo a la ciudad con los nuevos edificios que se han verificado en el tiempo de su Gobierno, aun excediendo los límites de su obligación, pues no la tenía de sacrificar sus intereses y aun tal vez el sueldo que la Majestad le tiene asignado para su subsistencia».

La constante preocupación de Aguirre fue el proveer a la ciudad de buena agua, para lo que organizó una la flota de balzas, destinada a este objeto. El agua se traía de la boca del Daule.

Capítulo IX

COMUNICACION de Aguirre Irisarri—*El primer Plan de Salubridad Pública.*

1794—En la sesión de Cabildo, correspondiente al 11 de Febrero de 1794, se leyó la siguiente comunicación presentada por el Gobernador:

«Muy Ilustre Cabildo:—Ha mucho tiempo que conociendo cuanto interesaba al bien y comodidad pública un establecimiento sólido, que asegurando el aseo general de la ciudad en todas sus partes, las libertase también de las epidemias que experimentamos cada año, especialmente en aquella estación en que impidiendo las continuas aguas, conservar limpias las calles y patios no empedrados la dificultan igualmente en las que logran aquel beneficio, me he ocupado en la formación del, valiéndome para ello del conocimiento práctico que después de cuatro años he adquirido del País, y de los ejemplos que sobre tan importante materia nos subministran iguales establecimientos en muchas ciudades de España y América. Mis antecesores, que no menos celosos, conocieron igualmente esta necesidad, no omitieron activar con la eficacia de sus providencias, los primeros fundamentos de tan importante obra: Los empedrados tan mal admitidos en su principio, como apreciados hoy, son testimonios incontestables de sus esmeros e interés por el bien público, sin ellos estaríamos muy distantes del principio para poder formar y establecer un plan de aseo metódico, fácil y subsistente que debe conducir a esta ciudad al estado de sanidad, perfección y hermosura de que es capaz: Es verdad que no omitieron tampoco en su tiempo, ni yo lo he escusado en el mío, dictar aquellas providencias generales para la limpieza, haciéndolas consistir en la responsabilidad respectiva a cada vecino del aseo de la parte de terreno que le pertenece, bajo la multa de cuatro pesos y medio a los infractores, pero este método, lo ha manifestado la experiencia insuficiente, ya porque habiendo todavía muchos solares vacíos, aquellos son, y han sido siempre el depósito de todas las inmundicias de la vecindad, que conduciéndolas de noche a ellos hacen inaveriguable la infracción, y ya porque abundando en las accesorias las tamaleñas, fruterías, cocineras, y otras, éstas contribuyen al desaseo exceptuándolas su pobreza de la multa impuesta, no estimulándolas tampoco su condición, nunca mejor hallada que entre

la inmundicia, sirviendo al mismo tiempo de excusa ellas mismas al abandono con que miran el aseó sus convecinos, de manera que no se encuentra medio entre abandonar absolutamente la limpieza de la ciudad o la exacción continua de multas a los vecinos pudientes, pues no son medios omisos en el particular cerrando los oídos a los clamores, llantos y mordaces murmuraciones, si se llevan a efecto las penas impuestas a los contraventores de las providencias dictadas sobre la materia, a fin de evitar estos inconvenientes y ocurrir al mismo tiempo a el aseó que es tan necesario, se dirige el adjunto plan que acompañó a Usía, para que examinándolo con audiencia de Procurador General, si lo hallase adaptable, lo exponga así para que ocurriendo por su confirmación y aprobación a la Real Audiencia se ponga en práctica con la brevedad que conviene asunto que tanto interesa a la causa pública.—Dios Guarde a Usía muchos años.—Guayaquil y Febrero diez de mil setecientos noventa y cuatro años.—Jossef de Aguirre Irisarri.»

El proyecto a que se hacía referencia, y que demostraba un completo conocimiento de las urgentes necesidades de la localidad, era del tenor siguiente:

«Plan formado para el aseó de la ciudad, por el señor don José Aguirre Irisarri, Caballero del Orden de Santiago, Gobernador y Comandante General de la ciudad de Guayaquil y su provincia, por el Rey Nustro Señor.

1ª Se establecerá un Teniente de Policía que bajo la privativa inspección del Gobierno y con independencia de cuarquir otro Juzgado tenga a su cargo este ramo que servirá según las reglas que se establecerá en este Reglamento.

2ª Como teniendo a su cuidado tan vasto encargo puede serle necesario con frecuencia ejercer alguna jurisdicción y no siendo conveniente aumentar jueces por tener acreditada la experiencia que poco o nada aprovecha su multiplicidad, recaerá siempre una de las Alcaldías de Barrio en el teniente de Policía, pues las facultades de aquellos son suficientes para el desempeño de su comisión que sobre los puntos que le son privativos será extensiva a toda la ciudad nueva y antigua.

3ª Será de su obligación celar la puntual observancia de cuanto está prevenido en los asuntos de buen gobierno, sobre alumbrado, faroles, cerdos, perros y demás animales, cuyo frecuente tránsito por la ciudad está prohibido en aquellas providencias.

4ª Celará también con muy privilegiado esmero la observancia de las ordenanzas de incendios, obligando a cada vecino a su cumplimiento, bajo el cargo de responsabilidad.

5ª Como el fin especial con que se crea este empleo es no solo el del aseo y limpieza de la ciudad, sino también el de perfeccionar ésta en su fábrica, hermoseándola en cuanto permitan las circunstancias, y atendiendo al mismo tiempo a su mayor seguridad, cuidará también de la fábrica de las casas que de nuevo se construyan, embarazando hasta dar cuenta al gobierno de las de aquellas cuya situación embarace los tránsitos comunes de Calles, Plazas, etc., o que no sean de teja y quinchá como está mandado, dando también parte de las que estén fabricadas de caña y diformes por su construcción y situación, para que se derriben conforme a lo prevenido sobre este particular.

6ª Como el aseo y limpieza de la ciudad es el objeto principal que ha motivado la creación de este empleo, no se dispensará cuidado alguno para conseguirlo, a cuyo fin se le facilitarán los medios necesarios que estarán a su disposición.

7ª Como la naturaleza del País no permite en todos tiempos el fácil ruedo de carro, que en otras partes se ocupan en estos fines, y sería al mismo tiempo costoso su uso, deberá sustituirse su falta con burros, cuyo corto valor y resistencia para el trabajo facilitan el intento.

8ª De éstos tendrá siempre existentes treinta y seis, de los cuales diez y ocho estarán de continuo en el trabajo divididos en dos cuadrillas de nueve a cuidado de dos peones cada una, provistos de escobas, cojedores, palas y espuelas para barrer las calles, y cargar los burros, los que estarán también aparejados con sus árguenas grandes, para recibir las basuras.

9ª Éstos se emplearán desde las seis de la mañana hasta las seis de la tarde con el correspondiente descanso del medio día, en el limpiado y barrido de las calles, conduciendo la basura y escombros que re-

cojan a alguna de las lagunas inmediatas que se le señalará, con lo cual se conseguirá al mismo tiempo que la limpieza de la Ciudad, el cegar unos pantanos tan perjudiciales.

10ª Como no es posible que las dos cuadrillas de burros que se ocupan diariamente en este trabajo puedan correr en cada día toda la ciudad se formará un detalle de ella por este gobierno, en el que se le señalará las calles que deban barrerse en cada uno, de forma que en la semana se recorra toda ella.

11ª Ningún vecino sea de la clase o condición que fuere, podrá arrojar ninguna basura a la calle, y cada uno en su casa la recojerá en un cajón o barril que pondrá a la puerta el día que le corresponda la limpieza de su calle, para que vaciándola en las árguenas vuelvan a dejar el barril o cajón vacío en el mismo paraje los arrieros.

12ª Para recojer los burros se formará un corral en solar extraviado, pero propio de la ciudad, y para su mantención se mantendrá por la misma Comisión de Policía una canoa con dos peones, que cada día vayan a cortar yerba, cuidando el Teniente de la legítima inversión de ésta.

13ª Cada uno de los seis peones que se ocupan en este trabajo gozarán el jornal de cuatro reales, que es el común del país, y será de su obligación y responsabilidad, el cuidado de los burros, el de todo su aparejo y herramientas, cuidando también de darles de comer y beber.

14ª De la particular inspección del Teniente de Policía será la conservación de los empedrados y Puentes, debiendo cuidar también a entradas de aguas de que todas las avenidas y acequias de las calles estén corrientes.

15ª Siempre que haya fuego deberá acudir con todos sus peones y burros aparejados con dos o tres embreados que sustituirán a la árguenas para conducir agua.

16ª Como el público ha de recibir todas las ventajas que son consiguientes de este establecimiento, y por él se exime también de contribuir con la multa impuesta a los descuidados en el aseo, debe sufragar lo necesario para mantenerlo bien por el medio más suave y equitativo.

17ª A este fin cada una de las casas situadas en la orilla del río, en la calle del Comercio y en la de San Agustín, a San Francisco, con las que atraviesan hasta ésta, pagarán dos reales cada mes. Todas las demás casas de la ciudad nueva y antigua a un real, cada pulpería, cada tienda de mercader, cada carpintero de lo blanco, tamaleras, cocineras y herreros dos reales: Todas las demás tiendas de artes y oficios, cajones y fruterías pagarán sólo un real, con cuya continua pensión se logrará la permanencia de un establecimiento tan ventajoso.

18ª Como en la mayor parte de las casas hay crecido número de vecinos que mudándose frecuentemente complicarían el cobro de esta pensión, será el dueño de la finca el obligado a su pago, y la de las tiendas, pulperías, etcétera las pagarán los que las administran, sean propietarios, partidarios o conciertos.

19ª Para la exacción de este derecho que será del cargo de Teniente de Policía, se formará un Padrón general de todos los que deben pagarlo con separación de clase, por el sujeto que se comisione por este gobierno, e intervención del dicho Teniente, pues por él se le ha de hacer cargo de la cobranza, debiéndose cada año revistar con las mismas formalidades de la formación para adicionarlo según el aumento o disminución de tiendas y edificios.

20ª Aunque el sujeto elegido para este encargo sea de la mayor seguridad, dará por la administración de este derecho fianza a satisfacción del Gobierno hasta en cantidad de mil y quinientos pesos.

21ª Llevará una cuenta exacta de cuantos cobrase y gastase mensualmente, debiendo depositarse el sobrante cada dos meses en la Caja de la Ciudad, pues debe éste considerarse como un ramo de arbitrios para los destinos que se dirán después.

22ª En fin de cada año dará cuenta documentada con los respectivos comprobantes de toda la administración del ramo de su cargo, siendo él la formación y gastos que le ocasione dicha cuenta.

23ª Por esta responsabilidad y el material trabajo de su comisión disfrutará el Teniente de Policía el sueldo de ocho reales diarios que se satisfarán del mismo Ramo.

24^a El sobrante que en cada año resulte en Caja, deberá inmediatamente invertirse en una obra pública de tantas como necesita la ciudad, muy señaladamente en la conservación del costoso Puente del Estero Salado, refacción y aumento de los empedrados, construcción de Matadero, etcétera, pues viendo el público la útil inversión de la pensión con que contribuye, no considerará gravoso su establecimiento.

25^a Como antes de que se ponga en práctica este establecimiento es necesario habilitarlo de burros, aparejos y todo lo demás que se ha referido y si se hubiese de aguardar a que la contribución produjera los fondos necesarios a estos gastos pasaría largo tiempo hasta su establecimiento, deberá contarse como impuesta aquélla, desde el principio del presente año, y con lo que produzca el monto de los meses ya corridos que se cobrará desde el día de la aprobación de este establecimiento, se procederá a la compra de lo necesario.

26^a Como en un establecimiento de esta naturaleza no es fácil conocer desde el principio todas las mejoras o reformas de que es capaz, se examinará y añadirá en cada año; aumentando o quitando aquello que la experiencia haya demostrado necesario, consultándolo para su aprobación a la Real Audiencia si su importancia o gravedad lo exigiere.

Guayaquil y Febrero diez de mil setecientos noventa y cuatro años.—Josef de Aguirre Irisarri».

El Síndico Procurador Don Pablo Mendiola, a quien se pasó este proyecto para su debido estudio, informó de esta manera:

«Muy Ilustre Señor, el Síndico Procurador General de este Ilustre Ayuntamiento en contestación a la antecedente Vista que se le ha corrido dice: que ha examinado con la proligidad debida, el adjunto plan formado por el Sr. Gobernador para el asco general de esta ciudad, habiendo reconocido en él no menos el activo celo y eficacia con que propende dicho señor al adelantamiento de élla, que el efectivo bien y comodidad pública que resultaría reducido a práctica. El éxito depende de la continua pensión que a dos reales mensualmente deben contribuir cada una de las casas situadas en la orilla del río, en la calle del Comercio y en la de San Agustín a San Francisco, inclusive las que las atraviesan, y a real todas las demás casas de esta ciudad. Asimismo, cada tienda de mercader, cada pulpería, cada carpintero de lo blanco, tamaleras,

cocineras y herreros a dos reales; y todas las demás tiendas de artes, oficios, cajones y fruterías a real-Usía computando prudencialmente esta perpetua contribución, equivalente a aquel beneficio público, teniendo presente para éllo la pobreza en que actualmente se halla este vecindario, podrá aprobar el insinuado plan, para que se proceda a su ejecución, alcanzando de que sea la aprobación del Supremo Tribunal, o lo que a Usía le pareciere más arreglado.—Guayaquil y Febrero diez y ocho de 1794 años.—Mendiola.»

De las apuntaciones que he podido recoger, parece que el primer Protomédico que tuvo Guayaquil, nombrado «Médico Profesor» por el Real Protomedicato de Lima fue Dn. José María Arias Ulloa y Campo, quien exhibió títulos de tal ante el Cabildo de la ciudad, en 21 de Enero de 1794. El gobierno de la ciudad mandó que por tal se le reconociese.

El 28 de Noviembre del mismo año se conoció de otra solicitud elevada por Dn. Juan Halles, quien se titulaba «Profesor de Medicina y Cirugía» pidiendo el apoyo necesario para la mejor instrucción de «las comadres» tan útiles en «el acierto de los partos». Solo puedo decir que la licencia para continuar en dicho oficio le fue concedida, más no que clase apoyo se le diera.

Capítulo X

PRECAUCIONES contra la propagación de la lepra—Un nuevo protomédico—El fuego de 1804—Desaparece el Hospital—Tórname a su redificación—El padre Romero.

1795—Queda referido en un capítulo anterior, como los tenientes del protomédico estaban obligados, en guarda de la salud pública, a velar preferentemente por impedir que en los términos de sus jurisdicciones se propagase la contagiosa lepra y que, con este propósito, disponían de recursos supremos, que alcanzaban hasta poder decretar el inmediato envío de los contaminados al establecimiento especial que, para su reclusión, se sostenía en Cartagena de Indias. La falta de médicos estables y la despreocupación que demostraron en el desempeño de sus deberes, mismo la tolerancia con que miraron el vivir desordenado de dos otros jóvenes de arcunia, atacados de enferme-

dad tan repugnante, trajeron por consecuencia la multiplicación de estos seres degenerados. Aguirre Irisarri se prometió atajar el peligro, aún a trueque de conquistarse gran número de malquerientes. El 16 de Enero de 1795 denunció formalmente al Cabildo, la existencia en la ciudad de algunos lazarineros, y arrancó del Cuerpo orden estricta para que el Dr. Ignacio de Hurtado pudiese practicar visitas a domicilio, en busca de casos ocultos. Hurtado reconoció 24 casos, entre ellos toda una familia de significación. No se contentó el severo gobernante con notificar a todos ellos la resolución que se había formado de remitirlos en el primer galeón que zarpase del puerto, a Cartagena, mas, dispuso su inmediato aislamiento bajo dos ramadas que se arbitraron en pocos días sobre la cúspide del primer cerrito que se levanta al otro lado del Estero Salado, y el que va desapareciendo paulatinamente, por haber sido destinado a cantera. Esta eminencia llevaba, de tiempo atrás, el nombre de colina de «San Lázaro», según puede verse en el planito topográfico que corre inserto en la monografía de Guayaquil, de Alcedo y Herrera, ya citada; a no dudarlo, porque allí se obligó a vivir a los primeros contaminados que aparecieron en nuestro puerto.

Desde 1794 figura como protomédico de la ciudad, nombrado por el tribunal superior de Lima, el doctor José María Arias Ulloa y Campo, cuya especialidad parece haber sido el ramo de cirugía, porque se refiere de él que practicó con éxito algunas operaciones de importancia, tanto en el hospital como en casas particulares.

1804—El 4 de Febrero de 1804, a causa de un descuido en alguna cocina, y del fuerte viento que reinaba, toma el incendio grandes proporciones. Los primeros esfuerzos que se hicieron para dominarlo, resultaron estériles. Las llamas envolvieron pronto dos manzanas y alcanzaron al hospital, cuya techumbre empezó a arder con gran celeridad. Era por aquellos días gobernador de Guayaquil, el coronel Bartolomé Cucalón y Villamayor (5 de Marzo de 1803 a 17 de Setiembre de 1810), protector decidido del hospital. Desde los primeros momentos acudió al lugar del peligro y, acompañado de un núcleo de vecinos de distinción, y de un cuerpo de ejército, logró poner a salvo a todos los enfermos y gran parte del mueblaje del establecimiento, el que, convertido presto en voraz hoguera, habría comunicado el fuego a otros edificios contiguos, haciendo mayor la catástrofe, si un aguacero torrencial que se descolgó de improviso, no hubiera venido a resolver el conflicto favorablemente.

Cuéntase a este respecto, que en medio de la tribulación general y viendo la violencia que asumía el incendio, un lego de Santo Domingo, se echó de rodillas en la plaza, y levantando en alto un Santo Cristo, clamó con voz desesperada:

—¡Agua.....agua.....Dios mío!

Casi al apagarse sus últimas palabras, descargaron las nubes sus entrañas, y el agua cayó a raudales sobre la ciudad amenazada. Este curioso fenómeno se atribuyó a intervención del Cielo, a favor de la católica Guayaquil!

1805—Pocos días después de este luctuoso acontecimiento se reunieron, a insinuaciones del coronel Cucalón, y en casa de este último, varias personas, resueltas a arbitrar a la brevedad posible los fondos indispensables para emprender en la reconstrucción del hospital. Quedó acordado que el Cabildo encabezase la suscripción con \$ 3.000, tomados de la Caja de Propios, y que se solicitase la cooperación de todos los vecinos, los que «debían no olvidar que la Providencia había intervenido para salvar sus pertenencias con el importuno obsequio de las aguas».—Tan convencidos estaban éstos del milagro, que las dádivas fueron largas, llegando a reunirse la suma de \$ 15.000, los que sirvieron para que en 1805 se contase con una nueva construcción que constaba de dos salas grandes para la asistencia de los enfermos, una decente capilla y otras pertenencias indispensables. El terreno que ocupó esta vez el hospital, fue la manzana donde, ampliado más tarde, siguió funcionando hasta 1902 en que vuelto a desaparecer, se le trasladó al lugar que ocupa actualmente, cediendo aquel puesto a la casa de «Maternidad». Su director y constructor se llamó el padre Romero, de la misma orden de San Juan de Dios.

Capítulo XI

JENNER—*La vacuna—Su descubrimiento—La gran peste de viruelas de 1805 en el Perú—Representación que se hace al rey—El monarca resuelve acudir en auxilio de sus súbditos—Se organiza la «Real Expedición Filantrópica de la Vacuna»—Sale del puerto de la Cornüña—Su arribo a la América—Se fracciona en dos comisiones—*

*Lugares que recorren, y países que benefician—
Como se difundió la vacuna—Su adquisición en
época posterior—Llegan a Guayaquil las prime-
ras noticias sobre su distribución—Reunión de los
padres de familia—El director y sus dependien-
tes—Número de vacunados—La «Junta Conser-
vadora de la Vacuna»—La «Junta Departamen-
tal»—Se pierde el primer grano.*

La viruela era hasta fines del Siglo XVIII uno de los más terribles azotes de la humanidad; bajo sus garras desaparecían pueblos enteros, y era indiscutiblemente la causa principal del manifiesto descenso de población. Para combatirla se venía poniendo en juego diversos métodos curativos que nunca dieron resultados satisfactorios, aumentando la desesperación de los gobiernos y causando profundo desaliento a los hombres de ciencia. Mas, he aquí que repentinamente asoma un sabio y ofrece al mundo el precioso antídoto contra tan desastrosa y general dolencia: Eduardo Jenner.

Alguien ha dicho, con sobrada razón (Don Joaquín Olmedilla y Puig—Académico de número de la Real de Medicina (y correspondiente de la Historia) «que su nombre ha adquirido por universal sufragio el derecho a figurar en el templo de la inmortalidad», y al evocar su recuerdo, se repetirá siempre, con otro insigne escritor: «Éra un hombre de ciencia y un filántropo, un sagaz observador, de cuya privilegiada inteligencia nació una idea, que sirvió para dar a las naciones muchos millares de individuos. La Historia lo ha recogido y estereotipado en sus páginas, en la seguridad de que ha de ser por todas las futuras generaciones saludado con la misma admiración y entusiasmo que lo hicieron sus contemporáneos».

Jenner vino al mundo el 17 de Mayo de 1749, en la villa de Berkeley, del condado de Gloucester, en la brumosa Albión. Muy joven, se consagró a los estudios médicos, sobresalió al principio como botánico y zoólogo pero sus aficiones lo arrastraron de preferencia a indagar las causas de las epidemias, y señaladamente de la viruela. El Berkeley pudo observar que los ordeñadores de vacas, contraían un contagio especial, que en lo futuro, los ponía a cubierto de la peste. Entonces tuvo la feliz inspiración de inocular una pequeña dosis del virus existente en las glándulas mamarias de las vacas, para obtener la indemnidad en el padecimiento de las viruelas. En aquellas

glándulas se genera una especie de erupción, que era calificada por los campesinos de Gloucester de *cow-pox* (vaca viruela). Las pequeñas pústulas encierran un pus, que, introducido en el torrente circulatorio, previene como por encanto de todo contagio a los inoculados. La primer vacuna se puso a un niño de ocho años, el día 14 de Mayo de 1796, quien munido de este preservativo logró escapar de la fuerte plaga, que se desarrolló en Berkeley un año después, a pesar del continuo roce con los atacados; lo que hizo, que Jenner diera a la publicidad su importante descubrimiento. Con la vacuna sucedió también, lo que con todo lo nuevo y desconocido; tuvo sus grandes impugnadores y decididos adversarios, al extremo de que su autor, quien pasó a radicarse a Londres con el objeto de practicar mayores ensayos, no encontró otra cosa en sus compatriotas que el desvío y la completa indiferencia, teniendo que volver al modesto papel de médico de aldea. No desmayó Jenner en sus experimentos y pretenciones, y no pasó mucho tiempo, sin que rodaran por el suelo las acerbas críticas de sus impugnadores. La irresistible elocuencia de los resultados, día a día, más brillantes y satisfactorios, dieron incalculable prestigio al sabio de Berkeley. Su nombre voló en alas de la fama, y su descubrimiento se propagó rápidamente por toda la Europa. La Cámara de los Comunes de su patria le concedió una recompensa pecuniaria, los soberanos le colmaron de distinciones, los poetas se inspiraron en su honor, las sociedades científicas se honraron, escribiendo su nombre en sus registros, los universitarios ingleses hicieron acuñar una medalla que perpetuase su efigie, y una emperatriz (Catalina II de Rusia) desengarzó del collar que adornaba su cuello, el diamante más rico, y lo obsequió al ilustre hombre de ciencia. Eduard Jenner falleció el 26 de Enero de 1823.

1805—El flagelo de las viruelas pesaba sobre el Perú con inusitada violencia desde 1802, llegando a su apogeo para 1805. Había hecho tal número de víctimas, que el Dr. Gabriel Moreno, de la Facultad de Lima, no pudo resistir al deseo de hacer llegar sus estragos a oídos del rey, por lo que redactó minucioso memorial, encaminado a impetrar de sus buenos sentimientos, un socorro adecuado. Consta en esta valiosa exposición, (Documentos Literarios del Perú, colectados y arreglados por el coronel de caballería de ejército, fundador de la Independencia, Manuel de Odriózola—Tomo VI) al enumerar la peste de viruelas en las Américas, y las que hizo especialmente en Lima, durante 1802, la historia de un pobre niño, «cuyo

cuello tenía unas grietas, que penetrando hasta la traquea, salía por ellas el aire de la respiración.» Hacía también también presente este facultativo, que en el Perú había hecho algunas intentonas para traer desde Europa el pus vacuno, bajo vidrio, pero que este procedimiento no había surtido efecto alguno. El Ministro de Gracia y Justicia de los reinos de España, don José Antonio Caballero, levó al rey el memorial en referencia, y fue tanto lo que llegó a impresionar a éste la narración de las desgracias experimentadas, que acto continuo preguntó si no había algún medio de socorrer a sus pueblos de allende el mar, conduciéndoles fresco el fluído vacuno. Observósele que para esto era necesario organizar una expedición marítima, en la cual se embarcasen un crecido número de jóvenes que no hubiesen padecido la viruela, y bajo la atinada dirección de profesores inteligentes, se fuese trasplantando la vacuna de brazo en brazo hasta ponerla en el primer puerto de América, desde donde era fácil comunicarla al interior de sus provincias, lo que demandaría el gasto de una suma ingente, cosa que no podría soportar el Erario Público, por lo exhausto que se encontraba a causa de las pestes que pululaban en la Península, y de los sacrificios que ocasionaban las guerras, en que se había emprendido. Carlos IV, que siempre cedió a la más leve insinuación de sus privados y favoritos, demostró esta vez, tanta energía en su noble propósito, se impuso de tal manera, que al fin quedó resuelta la por siempre memorable, «Real Expedición Filantrópica de la Vacuna». Fueron nombrados para dirigirla los profesores Francisco Javier Balmis, y don José Salvany. Dejaron el puerto de La Coruña el 19 de Diciembre de 1803 y dieron ancla con toda felicidad en Puerto Cabello el 19 de Marzo de 1804, habiendo tocado antes en las Canarias y en Puerto Rico, donde inocularon a muchas personas. Por Mayo del mismo año, después de haber recorrido las principales ciudades de la Capitanía General de Venezuela, acordaron para llenar mejor y con más rapidez su cometido, fraccionarse en dos comisiones.—Balmis siguió a la América Española del Norte, se embarcó en seguida para el Archipiélago Filipino y extendió el beneficio de la vacuna por las costas del Imperio Chino. Salvany recorrió los vireinatos de Santa Fé y del Perú. La Real Universidad de San Marcos le confirió, en testimonio de gratitud, con anuncia del virrey, los grados de bachiller, licenciado y doctor en Medicina. Las vacunaciones efectuadas en ambos países pasaron de 200.000. Queriendo acelerar la propagación del precioso preservativo, Salvany, llegando á Bogotá nomi-

bró y despachó subcomisiones á los estados limítrofes, encomendando su dirección á expertos á quienes entregó niños robustos, con hermosos granos, para diseminarlos de brazo á brazo, por todas direcciones.— Más tarde se empezó á conducir la vacuna bajo vidrio de unas ciudades a otras.

1805—Las primeras noticias que llegaron á Guayaquil acerca de la remisión de específico tan admirable fueron dos cédulas reales expedidas por el monarca con fecha 4 de Agosto y 19 de Setiembre de 1803 concernientes al despacho de la comisión a sus dominios de ultramar, y a la forma en que debían ser recibidos los agentes en cada país. La noticia produjo gran regocijo entre los vecinos, quienes resolvieron elevar en el acto a S. M. un memorial que expresase la filial gratitud de esta provincia, tan visitada del terrible mal, y a la que se ofrecía con singular generosidad, el remedio infalible para desterrarlo, sin otra pensión que la de dar alojamiento a los comisionados y a los niños que conducían. El gobernador Cucalón, promovió otra reunión a la que concurrieron el gobierno civil y los padres de familia y en ella dió a conocer que por noticias particulares venidas de Bogotá, sabía que el director señalado para esta ciudad era el Dr. José Julián Gonzáles, a quien tenía lista casa habitación y servidumbre necesaria. La Junta estuvo unánime en que los gastos a que hubiere lugar se hiciesen de la Caja de Propios, y nombró a don Domingo Iglesias para que actuase de tesorero. La buena nueva se publicó por bando, y no fue ya otra la conversación diaria de los guayaquileños. Llegó a tal grado el entusiasmo por la vacuna, que tan pronto como se supo haber llegado a Portoviejo los ayudantes del Dr. Gonzáles, y que éste difería su viaje para fines de Enero, se arrancó al gobernador ofrecimiento formal de que si esto no sucedía, vencido el plazo, se recurriera a los primeros para ganar tiempo. Viendo a principios de Febrero que Gonzáles no parecía, se despachó a Portoviejo al fiel ejecutor, José Morán Butrón y Castillo, en compañía del Sr. Iglesias, para que rogase a los ayudantes se viniesen a ésta (1805). Cuando volvieron con los ayudantes de Gonzáles, acababa éste de llegar a la ciudad (21 de Febrero) después de un viaje penoso, y se había acomodado en la casa que le tuviera preparada Cucalón. Los dependientes, Rafael Lozano y Manuel Grajales y los párvulos (en su mayor parte nativos de Manabí) se alojaron en los bajos de don Manuel Ruíz, y en la casa de don Santiago Zepeda. La alimentación de los últimos corrió a cargo del fondista Francisco Rojas, el más acreditado del lugar.

(Cuenta relativa a los gastos causados en el alojamiento, mantención y avío de los facultativos de la Vacuna, durante el tiempo de su residencia en esta ciudad, lo que he verificado en virtud de Comisión del Ilustre Cabildo.—José Morán de Butrón y Castillo).

La primera vacunación tuvo lugar el 24 de Febrero, en la sala principal del Ayuntamiento, a presencia de la Corporación reunida en sesión solemne. Fueron inoculados más de 40 niños, casi todos de la clase acomodada, la que quiso dar ejemplo e inspirar confianza al pueblo. Se abrió un libro de registro en que se anotaron prolijamente nombres, edad y sexo, y se repitió la operación, durante varios días, señalados por pregón, hasta el 19 de Abril, en que siguió el Dr. Gonzáles en una cómoda balsa arreglada por la Ciudad, al puerto de Tumbes, para donde también estaba diputado. Alborozados vieron nuestros abuelos brotar los primeros granos que alejaban a los suyos de futuros temores. El total de los asistidos pasó de 2.000 en toda la provincia. Desde entonces empezó a disminuir la viruela, cuyas periódicas irrupciones fueron siempre funestas a Guayaquil.

Antes de partir a Tumbes fundó Gonzáles una «Junta Conservadora de la Vacuna», cuya presidencia se confió al Dr. Ignacio Hurtado de López, personaje de quien nos hemos ocupado ya, con el encargo de hacer participar de ella a todos los pueblos del distrito.

1811—En los primeros días de este año se recibió un oficio del Conde de Vista Florida, nombrado por el virey, presidente de la «Junta Principal de Vacuna» de la ciudad de Lima, de la que debían depender todas las otras, que con el carácter de «Juntas Departamentales», se estableciesen en el virreinato. Se incluía al propio tiempo una instrucción sobre el cultivo y aplicación de la vacuna. Las personas llamadas a componer este cuerpo eran los facultativos residentes en la ciudad, debiendo el Cabildo agregar a ella un representante, que fue el alguacil mayor, José López Merino. El cargo de presidente volvió a recaer en el Dr. Hurtado de López.—Pero ya para 1811, y cuando la nueva corporación creada por orden del Conde de Vista Florida quiso entrar en funciones sucedió que la vacuna se había extinguido y que era necesario acudir por ella afuera, según lo reconoce un procurador general en 19 de Julio de dicho año.

Capítulo XII

E*L hospital de mujeres—Propósito del Dr. Hurtado—Petición que hace al Cabildo—Se reimporta la vacuna desde Lima—Queja contra los médicos, que interpone ante el Cabildo, el regidor Trexo—Dótase al Malecón de excusados públicos—El Cabildo ordena su destrucción—Opinión del ingeniero Francisco de Ugarte—Fundación del Cementerio—La primera idea para establecer una Junta de Sanidad».*

El doctor Ignacio Hurtado de López, nombrado protomédico de esta provincia, facultativo ilustrado, logró amasar en largos años de ejercicio uno no despreciable caudal. Hombre de aspiraciones profesionales, y filántropo decidido, ideó el dotar a Guayaquil de una mejora importante. Nadie como él, conocía las necesidades de la localidad y mal servicio del Hospital, donde los directores y hermanos boticarios sobreponían sus pretenciones a los consejos de la ciencia.

Hurtado se prometió fundar un hospital particular para la cura de mujeres pobres, con todas las reglas de higiene que se conocían ya, y convencer de esta suerte al Cabildo que había pasado la época en que se consideraban suficientes, las experiencias de los hospitalarios y se debía buscar los conocimientos profesionales. Al efecto compró una casa y solar «en la calle que por el costado del convento de San Francisco, desemboca a la Sabana y en donde por lo abierto del campo logra la mejor ventilación, cuyo requisito es esencial para semejentes casas».

La fábrica se inició con verdadero empeño, y se puso bajo advocación de Nuestra Señora del Tránsito.

1812—En 24 de Julio de 1812 dirigió al Dr. Hurtado al Cabildo una rendida petición que copiamos en extracto:

«El terreno en que edifico el hospital de Nuestra Señora del Tránsito, llamado a prestar tantos beneficios, por su frente, tiene suficiente extensión, por llegar a ochenta varas, pero me asiste el dolor de que el fondo apenas encierra cuarenta, lo cual no basta para las diversas y separadas oficinas, correspondientes al intento. Verdad es que V. E. ha ofrecido darme todo

el solar conveniente a tan sano fin, propendiendo juntamente al público beneficio; pero inadvertidamente ha adjudicado allí mismo otros terrenos, a personas particulares, lo que sería en extremo perjudicial».

Añadía que sería factible canjear esos terrenos, dados a los particulares, con otros que poseyera el Cabildo, subsanando el gravísimo inconveniente que sería para el hospital la vecindad de casas particulares, igual que para éstas la del hospital, y suplicaba se nombrase una comisión que dictaminase sobre el particular. A esta solicitud se decretó, que se autorizaba al alcalde ordinario, Sebastián Baquerizo, y al regidor Juan Bautista de Elizalde, para que, estimándose conducente al bien público lo pedido por Hurtado, tratasen con los dueños de solares cercanos al hospital, el canje por otros, en distinta parte. Así vino a terminarse la Casa de Salud del doctor Hurtado, la que prestó por algún tiempo recomendables servicios.

1813—La vacuna, como hemos visto, se había extinguido en la provincia, no sabemos si por negligencia, o caso fortuito; ello es que no la había, y que al iniciarse el año volvieron a presentarse casos de viruelas y se constató que no sufrieron sus malignos influjos los que habían sido sometidos al tratamiento de la inoculación. Condolido de sus semejantes, y temiendo que la falta de ésta contra eficaz, diera pábulo a la peste, hizo viaje expreso a Lima el patriota don Manuel Jado y trajo alguna cantidad de ella, bajo láminas de vidrio. Pronto se comprobó su buena calidad.

Hurtado vacunó durante los años de 13, 14 y 15, 1.144 personas (Oficio dirigido al Cabildo en 3 de Febrero de 1816.)

El Gobierno Civil contrató su conservación con el cirujano don Jaime Insernz, a quien se agregaron dos sangradores con una remuneración de \$ 20 mensuales. Por lo que hace a don Manuel Jado, se le significó por intermedio del procurador general, la inmensa deuda de gratitud que había conrraído el pueblo para con su persona, por tan desinteresada y humanitaria conducta.

El 9 de Marzo de 1813 manifestó en la sesión municipal, el regidor Miguel Trexo «que los facultativos de esta ciudad ss resisten a visitar a los enfermos, desde el 3er puente hasta Santo Domingo, y des-

de el Estero de Carrión, al Astillero, con notable perjuicio de la salud del vecindario, por más recados que se les pasa, pues hay enfermo que ha estado sin asistirse 15 días».

Acto continuo se hizo comparecer al protomédico y se le previno de esta arbitrariedad de sus subordinados «para que en consecuencia les haga asistir con los deberes, sin dar lugar a quejas de esta especie, pues que si se resisten, se tomaran las providencias que sean bastantes al desempeño a que por su clase están obligados, sin causa ni pretexto alguno.

1814—El gobernador, Juan Vasco y Pasqual, emprendió en el arreglo del Malecón, con la mira de hacer de él, un paseo público. Se niveló en una gran extensión, y se puso en obra su amurallamiento. De trecho en trecho, se fueron construyendo casitas de madera para excusados, servicio como se vé de gran provecho; pero, cosa curiosa, el Cabildo se opuso a que se prosiguiese en este trabajo que tenía por objeto impedir que el servicio de la ciudad, que contaba 18.000 almas, se hiciese a través de toda ella, por zanjas de desagüe abiertas que salían al río cortando el Malecón. Lo que Vasco se proponía era cegarlas, y obligar a los vecinos a que hiciesen la limpieza en pequeños recipientes que una cuadrilla especial se encargaría de transportar a determinados lugares, (casetas especiales) por donde se arrojarían a la ría, al principio de la vaciente.

Este era ya un pensamiento más en armonía con los preceptos de la higiene.

Vasco reclamó del Cabildo la reconsideración de la inconsulta medida, y solicitó se consultase la autorizada opinión del ingeniero Ugarte:

«Dos objetos movieron a la fábrica de los comunes, una la decoración que por la figura que se les dió toma la ciudad, mirada exterior e interiormente (?), y al otro su utilidad; y así es que acabados y con sus puertecillas que deben tener, su limpieza quedará al cuidado de un presidiario, todas las mañanas, por si alguna cañería se entorpece. Parece que no queda más que desear».—(Nota de Vasco al Cabildo, de 16 de Noviembre de 1814.—Libro de Copias.—Archivo de la Gobernación). El informe de Ugarte, vino a llenar de razones al gobernante, y a patentizar el atrazo de Guayaquil, en orden a higiene local.

Léanse algunos párrafos de este importante documento:

«Limitándose los comunes a lugares señalados se evita que todo el malecón lo sea, como lo era ántes, y ahora con esta precaución, las inmundicias son precipitadas en las corrientes del agua, la misma que no solo lleva éstas sino todas las heces del vecindario. Cuando la obra sólo se contrajera a mezclar en las aguas las inmundicias que por medio de ellas se arrojan, tendría algún lugar la súplica de este Ilustre Ayuntamiento, pues considerada toda la masa del vecindario, y comparada con la exigüa parte que expresa en los lugares comunes de la obra, no guarda absolutamente proporción alguna, porque como llevo expuesto, los vecinos de esta ciudad no tienen otro lugar que el río para arrojar sus heces, como está constante al primero que se presente en la orilla y se haga capaz de la localidad de este Pueblo».

«Desde las 5 de la tarde que comienza la limpieza de Cárcel y todos los Cuarteles hasta las 10 de la noche poco más, todos los Puertos no tienen sino un flujo y reflujo de vasos inmundos, sin poner la abundancia de semejantes pestes que se encuentran en las calles y generalmente en los cruceros de ellas. La fosa o ciénega del Hospital de San Juan de Dios, en la que no solamente se depositan las deposiciones ordinarias, sino también las podredumbres dimanadas de las enfermedades que encierra esta Casa de Caridad, su cañería es directa al río, siendo este un diario manantial que a la repunta de la marea, arroja todo su depósito; y siendo este tiempo en que los moradores de esta Ciudad toman el agua para beber y cocinar, con otras cosas anexas a la subsistencia pública, está patente lo nocivo que es a la salud pública».

«Los seis esteros que en el reflujo de las aguas vienen ricos de todo género de inmundicias, inclusive los desagües de seis o siete curtiembres, con fetidísimas partículas de cueros podridos, cal, alumbre, afrecho, mangle y otros materiales que necesitan para el beneficio de las suelas y otras pieles, tienen mucha parte o el todo, en la destrucción del vecindario y salud pública».

«Me parece, señor, que los comunes construídos con los requisitos propios al depósito general de las inmundicias del Pueblo, pues solo a un tercio de marea en el flujo y reflujo de marea plena, llegan a éstos

las aguas para lavarlos, quedando los dos tercios de ésta libres de inmundicias, como se verifica; lejos de ser dañosos a la salud pública, son beneficios a ésta y al bien del vecindario».

«Las ventajas que las resultan en las letrinas públicas, están de manifiesto, porque antes en general, desde la casa de don Manuel de Avilés hasta la Administración de Aguardientes, no era más que una letrina todo el Malecón, y en más abundancia en el pombre de la Real Aduana, en donde estaban situados los cañones; y al presente, como están en este lugar los mencionados comunes, se ha agotado este cuantioso manantial».

«Por lo expuesto, es notorio que el propósito de los comunes propende al aseo y decoración de la Patria».

El Cabildo cedió; los comunes quedaron establecidos a lo largo del Malecón, y la ciudad ganó inmensamente.

Otro de los afanes de Vasco Pascual fue el de dotar a Guayaquil de un cementerio que estuviese en relación con sus necesidades. Si bien es cierto que en virtud de órdenes superiores, y desde 1761, se había destinado un lugar en las afueras de la población para enterrar a los muertos, inaugurado en 16 de Octubre (Manual de Efemérides por Manuel Gallegos Naranjo—1900), sólo se servían de él las calles menesterosas. Quienes gozaban de alguna comodidad e influjo, seguían depositando a sus deudos fallecidos bajo el piso de las iglesias, tanto por considerárseles en sitio mayormente consagrado, cuanto por no verles expuestos a las inseguridades que brindaba el campo santo existente, donde no había otra cosa que una zanja en que se depositaban los cadáveres indistintamente. El Gobernador eligió un terreno al pie de los cerros (probablemente parte de nuestra actual necrópolis), lo rodeó de una fuerte estacada de madera incorruptible, provista de una buena puerta con cerrojo y candado». Estaba dividido en dos secciones por una buena calzada de piedra, que partiendo de la entrada, conducía a una pequeña capilla, que proveyó de paramentos e imágenes el obispo doctor José Ignacio de Cortázar, el mismo que lo bendijo con toda pompa a fines del año. Solo así empezó a desterrarse la costumbre de sepultar los muertos en los templos.

1816—El 14 de Octubre de 1816 se dió lectura en la sesión municipal a un oficio fechado en Panamá a 2 del mes anterior, y en el que el gobernador de aquel puerto participaba haberse empezado a experimentar en aquella provincia la epidemia del Vómito Prieto, y que habían sido atacados varios soldados europeos de su guarnición. Con las severas experiencias que se tenían en Guayaquil de esta enfermedad, se adoptaron varias medidas para evitar su introducción. Se creó una «Junta de Sanidad Provisional» y se nombró miembro de ella al gobernador, al alcalde de IIº voto, al procurador general, al protomédico, y al capitán de puerto, con atribuciones dictatoriales, «según lo exigieran las circunstancias». Esta junta dispuso que fueran sometidas a una rigurosa cuarentena, todas las embarcaciones procedentes de Panamá, debiendo anclar éstas al sur de la isla Santay frente a la casa de don Carlos Lagomarcino.

El primer buque sometido a esta medida lo fue un pailebot de don Esteban Amador.

Debido a estas precauciones, no se presentó en la ciudad un solo caso.

Capítulo XIII

EXTRACTOS de una monografía—Nuevos casos de lepra—Medidas que se adoptan—Hurtado quiere traspasar la dirección del hospital de mujeres—Los hermanos Mascote—La «Junta de Sanidad» republicana—El Gobierno obliga a los Juandeanos a dejar la administración del hospital—Consideración final.

1817—Entre los varios inéditos que hemos alcanzado a recopilar, se cuenta una interesantísima monografía (Descripción histórica topográfica de la hacienda de Nuestra Señora de la Asunción en el pueblo de Balao—Año de 1817) de la que aprovechamos las siguientes notas, que dicen relación con nuestro asunto: .

«Olvidábaseme decir, que las corvinas (no todas) tienen en la cabeza dos almendras, o perlas, de color de perla fina, o nácar, en el mismo sitio donde les corresponden los sesos, si los tuvieran. En la medicina se llama *curbinata* y es remedio admirable contra el mal de orina, tomando en polvo el peso de tres gramos

de cebada, en una cucharada de agua, o vino tibio, pero en excediéndose en la dosis, se laxan demasiado las fibras, y no se puede retener la orina, y particularmente son de aprecio (las corbinas) porque a algunas se les encuentra en el vientre una piedra blanca como cal viva fina, que es excelente específico para que corran las orinas, tomando sus polvos en agua tibia y en corta cantidad».

«El bejuco de jabilla, dá una almendra grande, muy conocida de todos, la que dicen que sirve para las almorranas, guardándolas solamente en la relojera del calzón; si esto es cierto, es un raro secreto de la Naturaleza. Don Juan Barnó de Ferrusola, sujeto de formalidad, me ha contado, mostrándome dichas javillas en sus relojas, que cuando la invasión de esta provincia por Guillermo Brown, se hallaba en el trájín, con las almorranas de fuera, y muy irritadas: que acordándose de este remedio, las usó, y que se mantuvo aliviado, sin embargo del redoble de sus haceres en comisiones a que lo destinó el Gobierno. Ya dije que no salgo por garante de su eficacia, pues el alivio de Ferrusola pudo ser un puro beneficio de su complexión, mas, como según dice un filósofo *Natura Demonia est, non Divina*; nada se pierde en probarlo, con cuyo intento no he querido omitir el dar esta noticia».

«Los mordidos de vívoras se curan con el cceite de comer hervido y untado en el cuerpo, con pólvora, con limón o aguardiente con pólvora, también con el excremento humano, diluido en aguardiente o vino tibio. La primer diligencia es dar al paciente una o dos ligaduras fuertes, cuatro dedos más arriba de la mordida, chupar la herida para extraer el veneno que se pueda, y la cascarina que dejan los colmillos al desprenderse; imponen socio al paciente y le privan de toda comunicación particularmente de aquellas personas a quienes haya profesado odio o amor en sumo grado; pues se ha visto que estando fuera de riesgo los enfermos, apenas han oído hablar a personas que han aborrecido, se les ha agitado de nuevo el Espíritu, y han vuelto ha padecer los mismos síntomas que al principio, desesperando de su curación».

«No le he visto, mas lo he oído decir, aunque yo juzgo que esto sea un error del Pueblo, que de toda forma misterios y observaciones que degeneran en supersticiosas».

«Pero ¿quién creyera que el propósito de tan mortífero veneno, fuera en ciertos casos saludables? pues ello es así. De las víboras, quitadas la piel, los intestinos, y una tercia de cabeza, y otra de cola, se pone al aire para que se seque, y ya que lo está bien, para el caso de pulverizarla, se parte este esqueleto en pedasos y se ponen al Sol, y después que se considera sin ninguna humedad que la elastize, se muelen en un almirés, sin separar los huesos, y se sierne, volviendo a remoler el vagazo, hasta que todo ello esté hecho polvo fino, que aplica la Medicina, como un antigálico eficaz, en las enfermedades más remitentes de esta clase. Así mismo, estando frescas, se cocinan y se toma el caldo, que obra el mismo beneficio. También se echan, cortándole la cabeza solamente, en el vino que se deja de un año para otro, en el cual tiempo, se les encuentra desechas, y el licor clarificado, sin mal sabor, y apto para dulcificar la sangre, y expeler algún humor picante».

«Su manteca, después de otras varias virtudes, tienen la de aclarar la vista, echándose gotitas prudentes dentro de los ojos. Para este fin, me encargó de Quito un poco, mi amigo el señor don Juan de Larrea, sujeto de Literatura, y muy investigador de las cosas naturales, en lo que es infatigable, así como en los experimentos clínicos. Ellos le tenían la vista casi perdida, y a beneficio de esta grasa, me escribió algún tiempo después, que se le había restablecido».

«La leche del mangle de montaña, que se llama *Cautivo Mangle*, es tan conocidamente provechosa para quitar las gomas gálicas, y llagas envejecidas que sería ocioso analizar el particular. Sabido es el pasaje de un negro bozal, esclavo de cierto vecino de Cartajena (Cartas Edificantes—tratado 79) a quien lo botó su amo de la casa, porque no hallaba remedio ninguno para las llagas de que estaba cubierto. Se fue el negro a la montaña, y por un instinto de la Naturaleza, que las más veces apetece lo que le hace bien, se untó de esta leche, y sanó perfectamente; reclamándolo después su amo, se excusaba el esclavo de servirlo, diciéndole que él no era su cautivo, sino del mangle que lo había sanado: cuyo pasaje dió al negro la libertad por la justicia, y el nombre, y conocimiento precioso de esta leche».

1818—A pesar de las visitas domiciliarias que emprendió Hurtado en 1795 por orden del gobernador Aguirre, hubo muchos contagiados que escaparon de su examen. Esto trajo por consecuencia, que para

1818 se hiciesen de nuevo ostencibles. El 27 de Febrero, denunció el hecho el señor Procurador, José de Herrera, y el Cabildo ofició al protomédico, a fin de que, con la exactitud, esmero y celo posibles, hiciese un debido reconocimiento de las susodichas personas, y en consecuencia diera razón de si debían o no ser recogidas para evitar la infección. Resultaron varios llagados, que fueron aislados como de costumbre, y embarcados para Cartagena.

Nuestro doctor Ignacio Hurtado, que por tantos años representó en Guayaquil de protomédico, y que tantos servicios prestara en su humanitaria misión, era ya de edad avanzada, por lo que quiso traspasar el hospital de mujeres a manos más jóvenes. Para ello, ocurrió al Cuerpo Municipal, anunciándole su resolución y pidiéndole un certificado de lo que en él hubiese invertido a justa tasación de peritos y constancia general.

De la respuesta y certificación se deduce que el hospital de mujeres del Dr. Hurtado era aseado y provisto de toda clase de comodidades y que había costado a su dueño, no menos de \$ 23.000.

1820—A principios de Abril de 1820, llegaron a Guayaquil, propuestos a radicarse en ella, los hermanos Francisco y José Mascote, bachilleres en Medicina y Cirujía, graduados en la Real Universidad de Lima. Examinados sus títulos, se les autorizó para ejercer ambas profesiones. En este año era presidente de la comisión encargada de mantener la vacuna el ciudadano Manuel Silverio Bravo. Se volvió a importar vacuna fresca de Lima, traía por el doctor Francisco Javier de Garaicoa.

1821—Uno de los primeros pasos del Gobierno de Guayaquil, después de la gloriosa transformación del 9 de Octubre, fue el establecimiento de una verdadera «Junta de Sanidad». El 9 de Febrero de 1821, se publicó su creación por bando solemne. Quedó constituido de esta manera.

Don Manuel José de Herrera, alcalde de primer voto—presidente; el vicario Juez eclesiástico, los regidores Pedro Santander y Jerónimo Zerda, los vecinos Nicolás Vera y Jerónimo Concha, el protomédico, doc-

tor José Mascote, el cirujano, doctor Manuel Arcia, y el procurador general José Leocadio Llona.—Esta junta debía reunirse obligatoriamente dos veces al mes, o cuando fuese extraordinariamente citada por el presidente.

El 16 de Noviembre de 1822, en vista de las muchas quejas que había contra la administración de los frailes de San Juan de Dios, fueron éstos obligados a entregar el hospital. Se nombró Síndico de él, al prestigioso ciudadano don Nicolás Vera.

Aquí dan fin nuestras apuntaciones, reunidas con no poco trabajo; a su publicación nos ha impulsado el deseo de facilitar el camino a cualquiera de nuestros jóvenes médicos, que, con los conocimientos necesarios, quiera emprender en la útil tarea de dar a luz una verdadera Historia de la Medicina en Guayaquil.

Octubre 9 de 1915.

J. Gabriel Pino Roca.



ERRATAS PRINCIPALES

Página.	Línea.	Errores.	Léase.
7.	4.	reaucen.	reducen.
12.	4.	Creíañ.	creían.
14.	26.	Peraltó.	Peralta.
17.	38.	Picara.	Picard.
24.	33.	Pequeúes.	Pequeños.
26.	15.	dda cae.	de cada.
26.	18.	Clemenie XIII.	Clemente XIII.
28.	17.	Boa.	Boza.
29.	15.	tobil o.	tobillo.
40.	25.	\$ 1688.	\$ 1788.
53.	24.	dlspensará.	dispensará.
56.	25.	consulíandolo.	consultando
56.	26.	tmportancia.	importancia.

Cat. 101



APR 4 1946

WZ 70 DE2 P6b 1915

55020160R



NLM 05290740 7

NATIONAL LIBRARY OF MEDICINE